
Enrique Durán y Tortajada
LA SENDA AZUL
COMEDIA DRAMATICA
EN DOS ACTOS
MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1919

A Emilio Portes

devótamente

El Autor

LA SENDA AZUL

29-9-919

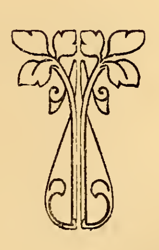
LA SENDA AZUL

COMEDIA DRAMÁTICA EN DOS ACTOS

DE

Enrique Durán y Tortajada

ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO OLYMPIA, DE VALENCIA, LA NOCHE DEL 20 DE JUNIO DE 1919



VALENCIA—1919

Talleres de Tipografía «LA GUTENBERG»

Calle de Salvador Giner, 9

A Miguel Durán y Tortajada,

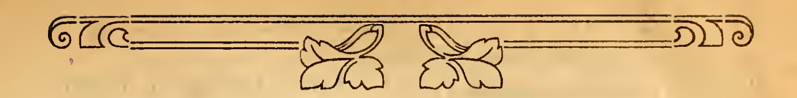
el viril poeta nacionalista, con cariño de hermano menor y admiración devota de tu arte.

Enrique

PERSONAJES	ACTORES
LUISA.	*Srta. Collado.*
SIONÍN.	» *Morón.*
DOÑA MATILDE. . . .	*Sra. García.*
PATRICIA.	*Srta. Ventura.*
RAMÓN.	*Sr. Broseta.*
DON JORGE.	» *Díaz Labra.*
DON PASCUAL.	» *Perlá.*
DON VICTOR.	» *Morón.*
ISIDORO.	» *Grancha.*

Época actual.

Derecha e izquierda del actor.



ACTO PRIMERO

Despacho particular en una gran fábrica textil, enclavada en las afueras de cierta importante capital española. Dos puertas al foro; la de la izquierda, que será encristalada, comunica con el jardín, y éste con la puerta de la calle. La de la derecha se supone da acceso a las naves de la fábrica. Puertas laterales. Muebles sencillos y elegantes. A derecha e izquierda, dos mesas de escritorio. Prensa copiadora, librería, teléfono y demás útiles de despacho. Es una mañana de verano.

ESCENA PRIMERA

ISIDORO sentado ante la mesa de la izquierda. Poco después entra PATRICIA por foro izquierda, con periódicos y correspondencia.

ISIDOR. ¿Fué el cartero, Patricia?

PATRI. Sí, señorito. Aquí está la correspondencia.

ISIDOR. (Tomándola.) Corriente. Muchas gracias, pimpollo. Puede usted continuar su tarea.

PATRI. (Tomando de una silla un plumero de desempolvar y dirigiéndose a la librería.) Mándeme el señorito. (Tararea una copla popular.)

ISIDOR. (Coleccionando las cartas.) Una, dos, tres, cuatro... Una para la señorita Luisa... (La deja aparte.) Cinco, seis, siete... y se acabó. (Reparando en los periódicos.) *La España Industrial*, *El Eco* y *La Revista*. Nada para mí. (Recoge periódicos y cartas, menos la de Luisa, que dejará sobre esta mesa, depositándolo todo en la mesa de la derecha, destina-

da a don Jorge. Al ver que Patricia se dispone a marchar.) ¿Ya se marcha usted, Patricia?

PATRI. (Con ganas de charla.) Si el señorito Isidoro no dispone otra cosa... He terminado la limpieza. (Por el plumero.) Por virtud de esta varita mágica ha quedado todo el despacho desempolvado.

ISIDOR. Pues lo siento.

PATRI. (Burlona.) ¡Que lo siente! ¿Le gusta a usted el polvo acaso?

ISIDOR. Lo envidio.

PATRI. ¿Que lo envidia?

ISIDOR. Pues claro. ¡Como que va usted siempre detrás de él!

PATRI. ¡Ja, ja, ja! ¡Muy gracioso chiste!

ISIDOR. No tanto como usted, que es la alegría de esta casa: desenvuelta, juguetona, bonita...

PATRI. (Con regocijo.) ¡Vaya! Esto ya va gustándome más que el mutismo de estos días. ¿Creerá usted que comenzaba a inquietarme?

ISIDOR. ¿A inquietarse? ¿Por qué?

PATRI. ¡Ahí es nada! Pues porque en ocho días que llevo de servicio en la casa, todavía ni usted ni el señorito Ramón me habían dicho ni un solo piropo.

ISIDOR. (Con humos de conquista.) Y se inquietaba usted, ¿no? Es usted muy graciosa.

PATRI. Es favor.

ISIDOR. Es gracia bajada del cielo que llena todo su cuerpo y que le sale por los ojos en rayos de luz y de alegría.

PATRI. ¡Uy, qué bonito! Una cosa así, pero escrita en verso, he leído hoy en la hojita del almanaque. ¿Es usted poeta?

ISIDOR. No. Y crea que lo siento, porque si lo fuera iba a componer un poema en catorce partes para usted solita.

PATRI. ¡En catorce partes! Como una película de cine, ¿no?

ISIDOR. Cabal.

PATRI. ¡Ja, ja, ja! Le agradezco sus finezas. Mentiría si dijera que no me gustan los chicoleos y los piropos... y las charlas así... con su poquitín de salsa... Hay sosa que no admite estas menudencias. Yo sí. ¿Por qué no admitirlas? Es síntoma de buena educación, y (Suspirando lastimosamente.) ¡ay! lo único que nos consuela en la triste-

za de esta vida llena de sinsabores... (Con repentina alegria.) ¡Vaya! ¡A que me pongo triste! Quedamos en que aquí (Señalándose a sí misma.) se admiten todas cuantas bromas se quieran; pero, eso sí, con prudencia y sin pasarse de la raya.

ISIDOR. ¿Sin pasarse de la raya? Bueno, y ¿adónde tiene usted la raya, Patricia?

PATRI. En las narices. ¡Mire usted el gracioso! Quise decir que las bromas comedidas, siempre son agradables. Y mucho más en esta casa. Porque, hijo, aquí no hay nada ni nadie que la distraiga a una. ¡Qué gravedad la de esta casa! Don Jorge es un geniazo de dos mil diablos: siempre malhumorado como un guardia civil. Doña Matilde... bueno, esta es la mejor de todos: cariñosa como ella sola. Parece una madre de esas que salen en las comedias queriéndolo arreglar todo. La señorita Luisa, encendiendo a todas horas cirios frente a la estampa de San Antonio, para que el Santo le reblandezca el corazón a don Jorge, y don Jorge le conceda por novio al señorito Ramón. Y el señorito Ramón... ¡Dios mío, qué genio tiene!

ISIDOR. Exagera usted, Patricia. ¡Si es tan bueno el señorito Ramón!

PATRI. Muy bueno sí es; pero más serio que la fachada de una catedral. No habla con nadie. Digo, por lo menos conmigo... Con decirle a usted que hace ocho días que estoy en esta casa y no me ha dirigido la palabra más que una vez para pedirme agua... (Casi ofendida.) Y esto delante de todos. ¡Ni que una no mereciera más! (Pausa.) No se merece, no, la suerte que tiene reservada el señorito Ramón, que viniendo de la nada quiere casarse con la señorita Luisa. ¿Que quiere digo? ¡Que se casará! ¡Pues no tiene, que digamos, preparado el camino! La señorita está chiflada por él.

ISIDOR. ¡Pero, hija, usted lo sabe todo! Tanto o más que yo, y vivo entre ellos varios años.

PATRI. ¡No parece sino que yo esté cuatro días en la casa!

ISIDOR. No está usted cuatro, pero está ocho, y yo creo que para el caso es lo mismo.

PATRI. Además, que los dichos y los hechos de la señorita

Luisa lo declaran todo. ¡Si no vive! ¡Si no sosiega! Que flores para San Antonio, por ser patrón de los enamorados; que cirios para San Humberto, porque es patrón de los cazadores, y el señorito Ramón salió de caza una vez hace tres años; que rezos a Santa Lucía, porque al señorito Ramón se le metió en el ojo una briznita de paja el último día que hizo viento. ¡Jesús, qué vida! Por supuesto, que yo envidio a los enamorados. Y mucho más a los que, como el señorito Ramón y la señorita Luisa, tienen en su camino un horizonte tan risueño. ¿No le parece a usted?

ISIDOR. ¡Ya lo creo!

PATRI. (Tras breve pausa.) Bueno... abur y hasta otro rato. ¿Me manda alguna cosa el señorito?

(Don Jorge entra por lateral derecha.)

ISIDOR. (Advirtiendo la presencia de don Jorge.) No; no mando nada más.

PATRI. Hasta luego. (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA II

ISIDORO y DON JORGE. Luego RAMÓN

D. JOR. ¿Llegó el correo?

ISIDOR. Sí, señor. Siete cartas y los periódicos.

D. JOR. (Que abrirá alguna carta.) ¿Regresaron ya mi mujer y Luisa?

ISIDOR. No, señor. (Pausa.) Don Pascual llamó por teléfono y preguntó las nuevas cotizaciones. Dijo que vendrá luego.

D. JOR. Corriente. (Pausa.) Escriba usted al agente de Londres diciendo... (Dándole una carta que sacará del bolsillo.) Para mejor, tome usted esta carta y contéstela negativamente.

ISIDOR. Conforme.

D. JOR. En la fábrica estoy. Avise si alguien llega. (Recoge la correspondencia y hace mutis por foro derecha.)

ISIDOR. (Deletreando la carta.) We wish lower prices. ¡En inglés! ¡Cualquiera entiende esto!

RAMON. (Por lateral izquierda.) ¿Hablando solo Isidoro? No creí que andara tan mal esa cabeza.

ISIDOR. Es usted la mismísima providencia. Don Jorge acaba de dejarme esta carta para que la conteste negativamente, y como la tal cartita tiene una dificultad para mí...

RAMON. (Cogiéndola.) A ver. (Pausa.) ¿Conque una dificultad, eh? Querrás decir una dificultad en cada palabra. Déjala en la correspondencia extranjera, que eso es cosa mía. (Isidoro la deja sobre la mesa de la izquierda.) ¿Regresaron las mujeres?

ISIDOR. Todávia no.

RAMON. (Aproximándose a foro izquierda y mirando al reloj.) Las diez. Hace un día espléndido.

ISIDOR. Y un calor insoportable.

RAMON. Pues no. Pide peras al olmo si te parece. (Pausa.) Diez de Agosto. ¡Fecha feliz! (Pausa.) Mañana cumple Luisa veintidós años.

ISIDOR. ¿Mañana? Entonces, también usted cumple años mañana.

RAMON. Veintisiete.

ISIDOR. Es una rara coincidencia.

RAMON. Rarísima. Y todavía más por las circunstancias que concurren. Sabido es que yo comienzo a contar los días de mi existencia, no desde el día que nací, porque esta fecha sólo Dios la sabe, sino desde aquel en que las piadosas manos de don Jorge me recogieron del arroyo. El día once de Agosto se consumó el caritativo acto, y cinco años después, el mismo día y a la misma hora exacta, nacía Luisa.

ISIDOR. Es cosa del cielo.

RAMON. Dices bien, que así al menos lo parece. (Suena el timbre del teléfono.) Ve quien llama.

ISIDOR. (Desde el teléfono.) ¿Quién?

ESCENA III

ISIDORO, RAMÓN y DON PASCUAL

D. PAS. (Viene, por foro izquierda, sombrero en mano y enjugándose el sudor. Sofocadísimo, déjase caer en una silla.) ¡Qué enormidad! ¡Hace un sol que achicharra! ¡Vaya calor!

RAMON. Dios le guarde, don Pascual.

D. PAS. Perdona, Ramoncito, que no te haya dado los buenos días. Déjame respirar. Vengo sofocado. Además, que esto de llamar «buen día» a cada veinticuatro pegajosas y sofocantes horas del mes de Agosto, es una broma pesadísima. ¡Pero qué calor!

RAMON. ¡Cosas del verano!

D. PAS. ¡Pero si esto no es verano! Es la antesala del infierno en el momento de poner el cocido el señor Botero.

ISIDOR. (En el teléfono.) Muy bien, don Víctor. (Hace una reverencia ante el aparato.)

RAMON. (Al reparar en el movimiento de Isidoro.) ¿Qué haces, Isidoro?

ISIDOR. Estoy hablando con don Víctor Alfonso del Villar.

D. PAS. (Haciendo, como Isidoro, una gran reverencia.) ¡Oh! ¡Nuestro sabio accionista!

RAMON. ¿Pero están ustedes locos? ¡Pobre don Víctor!

D. PAS. Estamos de humor, que no es lo mismo. Digo, por lo menos yo estoy en uno de esos días en que, aun amaneciendo nublado, vemos el cielo diáfano y el mar tranquilo y las flores más bellas y fragantes. Un día de esos en que nuestro estado de alma es optimista porque sí, porque le da la gana, y caminamos por nuestra senda azul, esa senda de amor y de felicidad que sólo se abre a los pasos de quienes saben vivir dichosos y se lanzan por ella, dejando a un lado, con desprecio, las zarzas y guijarros que tratan de amargarnos la existencia. ¡Cesa, tristeza mía!—como dijo Becquer—, o ¡abajo las penas!—como digo yo—. (Pausa.) ¿Eh? ¿Qué te ha parecido el parrafito? Incluso poeta me levanté esta mañana.

RAMON. ¿Y a qué se debe ese sano optimismo?

D. PAS. ¡Qué sé yo! Sin duda a un perfecto y tranquilo estado de alma.

RAMON. Mi enhorabuena, pues, por su felicidad.

D. PAS. Feliz, sí, puedes decirlo. Figúrate que ayer, ¡oh, fortuna!, sólo regañé tres veces con mi mujer.

RAMON. ¡Pero don Pascual!

D. PAS. ¡Pero Ramoncito!... Es que otros días las peloteras son muchas más. ¿Te ríes? Cásate, cásate y verás.

ISIDOR. (Terminando la conferencia telefónica.) Adiós, don Víctor.

RAMON. (A Isidoro.) ¿Qué dice don Víctor?

D. PAS. Apuesto a que le dió a usted por teléfono una conferencia sobre mecánica industrial.

ISIDOR. Me dió un encargo para don Jorge, preguntó si quedaron montadas las nuevas máquinas y anunció su próxima visita. Según dice, tiene muchas ganas de ver funcionar los nuevos aparatos.

RAMON. Por fin, hoy cumplirá su deseo. ¡Qué hombre! Hace dos meses que no tiene más idea fija que las nuevas máquinas.

ISIDOR. (Con naturalidad, cogerá algún papel de la mesa de la izquierda y se dispondrá a hacer mutis por foro derecha. A Ramón.) Aquí queda una carta para la señorita Luisa.

RAMON. Está bien. (Mutis Isidoro.)

D. PAS. Cree sinceramente que ya estoy temiendo la visita de don Víctor, porque luego de su inspección escrupulosa, tendremos la natural e inevitable conferencia latosa y cargante como todas las suyas. (Remedando.) «El trabajo es la salvación de los pueblos. El trabajo es la salvaguardia de todos los vicios. El trabajo es la palanca del progreso». (Pausa.) Bueno, yo no es que niegue la bondad y la razón de estas sentencias. Eso nunca. Pero hay que reconocer que en boca de don Víctor se convierten en ironías. Don Víctor Alfonso del Villar, vago de nacimiento, paseante perpetuo y accionista de catorce sociedades anónimas; imitador del «Guerra» en los recortes... del cupón; cuenta-correntista del Banco y propietario de seis automóviles, hablándonos de la bondad del trabajo... ¡Vaya, hombre! Te digo que en esas condiciones es muy cómodo sentirse enamorado del trabajo. Por supuesto, del trabajo de los demás.

RAMON. ¡Ja, ja, ja! (Ofreciendo un pitillo.) ¿Fuma?

D. PAS. Bueno. (Reparando.) ¡Ah! ¿Pero te decidiste por fin a echar humo como los hombres?

RAMON. Sólo fumo en los momentos de ocio o de honda preocupación. Parece que el humo, al disiparse, se lleve con él las preocupaciones.

D. PAS. (Irónico.) ¿Y ahora estamos en uno de esos solemnísimos momentos de honda preocupación?

RAMON. Sí. ¿A qué negarlo? Hoy es para mí uno de esos días en que, al contrario de lo que usted siente, aunque amanezca el cielo despejado y el sol brille con todo su esplendor, yo veo el horizonte encapotado. Siento un desasosiego que no me deja vivir en paz... Mis nervios se agotan y estoy cansado...

D. PAS. (Interrumpiéndole y con mucha ironia) ¿De vivir? ¡Ja, ja, ja!

RAMON. No se ría usted, que quizás dije una gran verdad. Cansado de vivir o acobardado ante el complejo camino de la vida.

D. PAS. Complejo para los que, como tú, tienen la pretensión de tomarla en serio. A tu edad sólo pensaba yo en bailar y en burlarle la novia a algún amigo. La verdad, chiquillo; la juventud del día está loca: tiene la obsesión de la seriedad, y esta señora seriedad es el peor de los enemigos. Vivís muy de prisa los jóvenes del día. Habéis suprimido la niñez y entráis en la juventud en brazos todavía de la nodriza. Y queréis pollear a los diez años, y tener novia a los quince, y casaros a los veinte, y reñir con los suegros a los veintiuno. (Pausa.) Bueno; en esto último os doy la razón. Pero en lo demás, no; porque de esa manera aceleráis los pocos encantos que tiene la vida y os encontráis a los veinticinco años aburridos, agotados y cansados de no sé cuantas cosas. Te digo que no hay derecho, hombre.

RAMON. Otro hable, quizás, con menos razón que yo. ¡He visto tantas cosas! Conozco de la vida, don Pascual, todo lo que hay en ella de amargura, de mentira y de desesperanza. Mis viajes de instrucción al extranjero me han hecho conocer lo que todo joven cerebro ansía: ver ciudades desconocidas, extrañas mujeres, paisajes hermosos, viajar por países no soñados... ¡Qué sé yo! Pero

aquellos seis años de viajes continuados y un poco licenciosos, hicieron de mí un hombre instruído, pero escéptico, sin ilusiones. Mi alma no era ya virgen de ninguna sensación. ¡Todas las había gozado!. (Pausa.) ¿Creerá usted que cuando recibí la última carta de don Jorge, comunicándome la orden de regreso, me ilusioné mucho?

D. PAS. Naturalmente.

RAMON. Iba a volver a mi tierra; a abrazar a los míos; a habitar de nuevo esta casa, la casa de mis protectores, llena siempre para mí de dulzuras y de recuerdos queridos. Había llegado el momento tan deseado de poder pagar humildemente, con el esfuerzo de mis brazos y de mi inteligencia, la deuda moralmente contraída con don Jorge y doña Matilde.

D. PAS. ¿Y no estás satisfecho?

RAMON. No. ¡Por qué negarlo! Que cuando regresé poseedor de los suficientes conocimientos para trabajar con fe y crearme una posición; cuando he creído que esta posición era lo suficiente sólida y mi persona lo bastante digna para alcanzar un premio que reclama mi corazón... he visto cosas que dan al traste con todos mis proyectos y con todas mis ilusiones.

D. PAS. Acabarás por inquietarme. ¿Se trata de la fábrica? Yo, como tú sabes bien, estoy un poco alejado del negocio, pero en el celo y la rectitud de don Jorge deposito mi confianza. No creo que contigo se cometa ninguna injusticia; pero en caso contrario, cuenta conmigo para todo cuanto quieras.

RAMON. Tranquilícese, don Pascual, que no se trata de nada que con el negocio se relacione. Se trata de...

D. PAS. (Adivinando.) ¡Ah, vamos! ¿De Luisa? (Ramón asiente.) Pero, hombre, ¡cuando yo digo que no se os puede tomar en serio! No te perdono el mal rato que me has hecho pasar. Y bien, ¿qué os sucede? ¿Qué motiva ese mal humor y esas preocupaciones tan terribles?

RAMON. Pues lo de siempre: la consabida oposición paterna a las pretensiones de los jóvenes.

D. PAS. ¿Pero le hablaste ya a don Jorge?

RAMON. No. No obstante, he notado que de algún tiempo a

esta parte esquiva mis conversaciones, antes tan amenas para él, y hasta parece que me trata con una aspereza inmerecida. Indudablemente se ha dado cuenta de lo que entre Luisa y yo existe. ¿Comprende usted mi preocupación? Porque todo esto son síntomas de mal agüero. ¿A usted qué le parece?

D. PAS. Hombre, a mí me parece que el amor y el vino se asemejan en la facilidad con que embriagan a la gente, y en que esta embriaguez, vulgo borrachera, a unos les da por lo bufo y a otros por lo sentimental. A Luisa y a ti os ha dado por lo trágico y os empeñáis en ver las cosas más negras de lo que en realidad son. Yo comprendería que esos malhumores tuyos y los lloriqueos de ella vinieran luego de una negativa rotunda de don Jorge; pero, Ramoncito de mi alma, no hay derecho a quejarse de un daño que, en caso de que exista, está todavía por venir. Partamos de la base, no probable, de que don Jorge esté enterado de vuestro negocio. Y digo negocio porque el matrimonio siempre es un negocio, malo, pero negocio al fin y al cabo. Bueno, pues si se ha enterado extraoficialmente de vuestro noviazgo, por fuerza ha de mostrarse ofendido, al ver que no habéis tenido inconveniente alguno en participar la noticia de vuestros amores a la cocinera, al portero de la fábrica, ¡hasta a San Antonio!, y, sin embargo, a él no le habéis dicho una palabra. (Pausa.) Yo creo que si le dijeras algo... Por otra parte, estás obligado a hacerlo así.

RAMON. Doña Matilde me dió el mismo consejo. Ateniéndome a él, esta mañana le he indicado a don Jorge que quería hablarle, pero no le he dicho sobre qué asunto. No obstante, yo creo que él adivinó mi pretensión. Me dijo que más tarde hablaríamos con detención. ¿Usted cree que accederá a mi súplica?

D. PAS. Pues claro, hombre. ¿Y por qué no? De su cariño hacia ti no podemos dudar nadie. Siempre te ha querido. Cuando se casó, la suerte o la desgracia no le dieron hijos. La casualidad, que dicen que es una señora que arregla bastante bien las cosas, hizo que una noche, al regresar a casa, te encontrara abandonado y medio

muerto de frío junto a la verja del jardín. Ya entonces, al recogerte, te demostró cariño. Matilde, que es todo bondad y nobleza, accedïó gustosa a cuidarte con el esmero y cariño que sólo se prodiga al hijo verdadero. Tenías tú cinco años aproximadamente cuando nació Luisa. Ya ves, luego de tantos años de matrimonio estéril, quiso Dios premiar la obra de caridad que en ti hicieron y les dió lo que era toda su ilusión: un hijo propio. ¿Te quisieron menos por eso? No. El cariño del matrimonio se repartió entre Luisa y tú. Juntos jugasteis y juntos crecisteis. ¡Qué gozo el de don Jorge al veros, cuando niños, corretear alegres por ese jardín en fraternal intimidad! Luego creciste, te hiciste hombre y comenzaste tus estudios industriales. Para ampliarlos no se escasearon gastos y te enviaron al extranjero. Has vuelto hecho todo un hombre. ¿Puedes dudar del cariño de don Jorge?

RAMON. No; no es que dude de su cariño. Antes al contrario; si me resisto a hablarle, es precisamente porque temo abusar de ese cariño con una excesiva petición. El nivel social de Luisa es bastante más elevado que el mío y...

D. PAS. (Interrumpiendo.) ¡Vaya! No seas niño ni digas tonterías. Pero hombre, en los tiempos que corremos, ¿crees que un padre puede aspirar a algo más que a casar a su hija con un hombre honrado?

RAMON. Es usted un optimista impenitente.

D. PAS. Soy lo que soy. Un hombre que en su juventud no tomó tan a pecho estas trivialidades. Todo apurado te veo porque vas a pedir la mano de una mujer, de una sola, a su señor papá. Este es un acto que yo realizaba en mis buenos tiempos con la mayor naturalidad del mundo. (Con aires de importancia.) A veintitantos futuros papás políticos hice la petición misma que tú vas a hacerle a don Jorge, y nunca temblé como tú estás temblando. Miento; una sola vez he temblado: cuando luego de tantas y tan continuadas calabazas, me fué concedido el permiso para casarme con la última de mis dulcineas. Siempre he tenido una amplia visión del porvenir, y cuando acostumbrado a las negativas constantes de otros papaítos oí el sí de labios del que luego fué mi

suegro, hubo una voz interior que me dijo: «Pascual, éste es el que te ha fastidiado».

RAMON. ¡Pero don Pascual! ¡Que nunca haya usted de tomar en serio las cosas del amor!

D. PAS. Te equivocas. Siempre las tomé en serio. Tan en serio, que yo te juro que adoraba a mis innumerables novias tanto o más que Petrarca a su costilla o que tú a Luisa. Con decirte que en aquel entonces llegué a odiar y a maldecir a aquellos veintitantos futuros suegros que con sus negativas me arrebataban el derecho a gozar del matrimonio...

RAMON. ¿Los odió usted? ¡Naturalmente!

D. PAS. Naturalmente no, inconscientemente. Los odié hasta que me casé, y entonces comprendí la bondad de aquellos veintitantos varones que tomaron para mí desde aquel día proporciones de hombres sapientísimos. Todo mi odio entonces se reconcentró en el único hombre que quiso convertirse en suegro mío, concediéndome la mano de su hija.

RAMON. Pero...

D. PAS. No prosigas. Sé que por ahora no me darás la razón. El gran favor que te hace un papá al negarte a su hijita no lo comprenderás, ¡infeliz!, mientras seas soltero.

ESCENA IV

RAMÓN, DON PASCUAL, DOÑA MATILDE Y LUISA

LUISA. (Entrando, con doña Matilde, por foro izquierda y despojándose del sombrero.) Buenos días, señores.

Dª MAT. Buenos días.

D. PAS. Hola, hola, hola.

RAMON. Buenos días. ¿De vuelta ya?

Dª MAT. De vuelta y sofocadas.

LUISA. De nada nos sirvió levantarnos a hora de pájaro para poder regresar antes de que el sol picara a su gusto.

Dª MAT. Inconvenientes de vivir en este destierro.

D. PAS. ¡Ca! Inconvenientes de ser mujer, para quienes Dios

hizo el día corto. ¡Siempre les falta tiempo para todo! Mi mujer el domingo pasado se levantó a las ocho de la mañana para oir misa de diez y llegó tarde a la de doce.

Dª MAT. Usted siempre de chirigoteo.

RAMON. ¿Y adónde han ido ustedes tan temprano?

Dª MAT. Pues a comprar una porción de cosas necesarias (Recalcando.) y otras que no lo son tanto.

LUISA. No lo dirás por lo mío, ¿eh?

Dª MAT. No sé por qué ni por quién lo digo.

LUISA. Mira, Ramón; mamá dice eso porque me he comprado un traje precioso. Todo blanco, con una sobrefalda de encaje monísima. Como a ti te gustan, ¿no?

Dª MAT. Y tan monísima. Pregúntamelo a mí, Ramón, que sé lo que cuesta.

LUISA. Eso es; ahora regáñame, pues tú lo elegiste.

Dª MAT. Yo elegí el dibujo, pero no el precio.

D. PAS. Si la niña se gastó mucho dinero con el caprichito, a Ramón es a quien toca reprenderla (Recalcando.) por lo que luego pueda ocurrir.

RAMON. Pues yo no la reprendo.

LUISA. (A don Pascual.) Miren qué gracioso. ¿Y usted ya sabe que luego he de dar motivos para que Ramón me reprenda?

D. PAS. Lo mismito dicen todas las mujeres antes de casarse. ¡Y luego!...

Dª MAT. ¡Vaya una salida!

RAMON. No hagas caso a don Pascual, Luisa, que hoy está de broma. (Transición.) Aquí trajeron una carta para ti.

LUISA. ¿De quién?

RAMON. No sé. Por el perfume deduzco que es de Sionín.

LUISA. Chico, qué observador eres. (Coge la carta de manos de Ramón y la huele.) Te has fijado hasta en el perfume que gasta.

Dª MAT. A fe mía que es bien fácil fijarse. No conozco esencia más escandalosa que la que lleva siempre encima esa muchacha.

RAMON. No sé como hay gente que se perfume tanto.

D. PAS. No te extrañe. No hay efecto sin causa. Todo el que huele bien... es porque huele mal...

LUISA. Dios le perdone sus ocurrencias.

Dª MAT. Es usted terrible. ¿Vamos dentro, Luisa? Necesito quitarme ropa. Estoy sofocadísima.

RAMON. Sí que parece que caiga hoy el sol de plano.

Dª MAT. Ya lo creo. Hasta luego. (Mutis lateral izquierda.)

RAMON. ¿Qué te mandará a decir Sionín?

LUISA. No sé. En cuanto me aligere de ropa leeré la carta.

D. PAS. Si quieres ahorrarte ese trabajo, yo te diré lo que esa carta dice.

LUISA. ¿Usted?

D. PAS. Pues claro, mujer. Dirá lo de siempre: que vayas a tomar el té con ella el próximo martes blanco, o jueves rosa, o viernes anaranjado; que ya sabe patinar con un pie sólo; que ha sido nombrada para tomar parte en los próximos cuadros plásticos, y... etc., etc., etc. ¡Lo de siempre! Preocupaciones todas de gente que, o no tiene nada que hacer, o no tiene ganas de hacer nada.

LUISA. Tal vez acierte usted. En fin, hasta luego.

RAMON. Oye. (Luisa se acerca a Ramón y ambos hablan en voz baja.)

D. PAS. (Luego de una pausa azarosa.) ¿Estorbo?

RAMON. ¡Por Dios, don Pascual!

LUISA. Usted no estorba nunca. (Estrechando la mano de Ramón y mirándole cariñosamente.) Hasta luego. (Mutis por lateral izquierda.)

D. PAS. (Con fingido enfado.) ¡Qué miraditas, eh! Pero hombre, respeto, respeto a mis canas.

RAMON. Sí, unas miradas llenas de ingenua pasión que agrandan mi intranquilidad. A medida que se acerca el momento de hablar a don Jorge, parece que vea a Luisa más lejos de mí.

D. PAS. ¿Volvemos a los pesimismos? Pues voy a dejarte solo con tus romanticismos, porque estoy viendo que me largas otro discursito como el de antes... y eso no: dos en un día no te los tolero.

ESCENA V

RAMÓN, DON PASCUAL Y DON JORGE. Luego DON VÍCTOR.

D. JOR. ¿Te comunicaron la nueva alza de precios?

D. PAS. Sí, y quedé satisfecho. Estamos de enhorabuena.

D. JOR. A medias. Pudimos hacer un negocio redondo sin la maldita negligencia del corresponsal de Dover. Estamos rodeados de gente inepta, y su ineptitud nos cuesta dinero.

RAMON. Verdaderamente, se le ha escapado al tal corresponsal una operación bonita. No perdimos nada, pero se ha dejado de ganar un pico importante.

D. JOR. No es esa razón de buen comerciante. En el comercio, Ramón, quien no gana, pierde. Tiempo, cuando menos.

D. PAS. Verdaderamente.

D. JOR. ¿Quedaron redactados los telegramas para los representantes de la península?

RAMON. Sí; anoche salieron ya los más urgentes.

(Entra don Víctor por foro izquierda. Viste con excesiva elegancia y usa botines, guantes, monóculo, bastón, etc. Es decir, anda provisto de una porción de cosas inútiles.)

D. VIC. Felices, señores. (Da la mano a don Jorge y a don Pascual.

D. JOR. Hola, don Víctor. Tanto gusto.

D. PAS. Dichosos los ojos que os vuelven a ver.

D. VIC. (Dando la mano a Ramón.) Hola, Ramoncito.

RAMON. Le saludo, don Víctor... A cumplirnos la anunciada visita, ¿eh?

D. VIC. (Con redundancia, como toda su conversación.) Sí; enterado por Isidoro, a quien pregunté telefónicamente, de que las nuevas máquinas han quedado montadas, y aprovechando la benignidad del día, le dije al chófer: «A la fábrica». Y aquí estoy, aun a trueque de venir a molestar.

RAMON. ¡Por Dios, don Víctor!

D. PAS. Usted no molesta nunca.

D. JOR. Viene usted a su casa. Pero tome usted asiento. (Se sientan todos.)

D. VIC. Muchas gracias. (A don Jorge.) ¿La familia, bien? ¿Su señora esposa... su encantadora hija?...

D. JOR. Todos bien; muchas gracias.

D. VIC. Lo celebro. (Pausa.) ¿Qué novedades me cuentan? ¡Yo vengo hoy entusiasmado! Acabo de leer en la prensa americana la noticia de un nuevo invento, cuya explicación me ha llenado de satisfacción. Por cierto que el invento es reciente y muy útil para los despachos. Consiste en un almanaque mecánico, que todas las noches, en punto de doce, cambia la fecha del día automáticamente, salvando con ello toda clase de molestias y de equivocaciones. Es la última palabra de la precisión y del mecanismo. (Cuide el actor de recalcar, cada vez que pronuncie la frase: *es la última palabra de*, etc.)

RAMON. Muy práctico parece.

D. JOR. Y muy curioso.

D. VIC. ¿Qué le parece a usted, don Pascual?

D. PAS. (Distraído.) ¡Ah! Pues muy bien. Ya sabe usted que todas esas cosas me preocupan poco.

D. VIC. Pues hay que preocuparse, amigo, hay que preocuparse de todo lo que en nombre del progreso redunde en bien de la humanidad; hay que ser un enamorado de la civilización y desvivirse por todo lo que signifique un paso de avance en el camino de la anhelada perfección. Esta perfección, la sublime perfección de la humanidad, forzosamente ha de llegar un día u otro por medio del progreso. La actual civilización es hasta ahora la última palabra de ese progreso benemérito que no descansa un solo instante en el áureo camino de su marcha triunfal.

D. JOR. Evidentemente.

D. PAS. No; si yo no discuto la bondad de esa perfección ni las ventajas del progreso. Pero reconozco que en nombre de este señor progreso nos atizan cada camelo que no se puede tolerar. ¿Sonríe usted? Pues pruebas al canto. (Siempre en sentido humorista.) Tomemos como ejemplo recientes inventos que por la divulgación que de ellos se ha hecho son conocidos de todo el mundo. (Pausa.) El aeroplano: un aparato admirable para romperse la crisma de modo modernísimo: en vuelo planeado. (Pausa.)

El gramófono: un artefacto acatarrado y sin más finalidad que molestar a los vecinos de su propietario.

D. JOR. ¡Pero Pascual!

D. PAS. (Accionando intencionadamente.) De las palpables ventajas del cinematógrafo... vale más no hablar.

RAMON. ¡Claro!

D. PAS. Adelante, pues. El automóvil: un coche que marcha a grandes velocidades y que se ha hecho precisamente para la gente que menos prisa tiene de llegar a los sitios. ¡Valiente progreso!

D. VIC. ¡Pero señor mío!

D. PAS. Y el tranvía eléctrico, moderno invento puesto más al alcance de todas las fortunas, y que según dicen sirve para llegar con prontitud a cualquier parte, lo está usted esperando horas y horas en la vía pública... ¡y no llega nunca!

D. VIC. Exagera usted la nota. Todos los grandes adelantos chocan en sus principios con obstáculos más o menos difíciles de vencer.

D. PAS. Evidentemente. Por eso los tranvías, no contentos con esos obstáculos, chocan también con los coches y con los ciudadanos.

RAMON. Tiene gracia.

D. VIC. Es usted el de siempre, don Pascual. (Ríe.)

D. JOR. Genio y figura... (A don Víctor.) ¿Quiere usted ver cómo quedaron montadas las nuevas maquinarias? (Se levanta y todos le imitan.)

D. VIC. Encantado: vamos allá. ¿Ve usted, don Pascual? Ya tenemos aquí el progreso, el progreso que no se detiene ante nada ni ante nadie, y que por darme a mí la razón se introduce en su propia casa. ¿Vamos?

D. PAS. Vamos; pase usted delante. (Mutis con don Víctor foro derecha. Ramón va a seguirles.)

D. JOR. Quédate, Ramón. ¿No querías hablarme?

RAMON. (Algo tímido.) Sí, don Jorge; no obstante, si usted no cree el momento oportuno...

D. JOR. Si no lo creyera oportuno, no te hubiera detenido. ¿Se trata acaso de alguna trivialidad sin importancia?

RAMON. Se trata de un asunto que merece toda su atención y quiera Dios que también merezca su simpatía.

D. JOR. Dí lo que quieras, pues, sin preámbulos ni rodeos. Supongo no reincidirás en la quijotada de la otra vez. No querrás que sean aumentados de nuevo los semanales de los obreros.

RAMÓN. No, don Jorge; esta vez no pido nada para ellos, permitiéndome recordarle que cuando así lo hice no salió usted perjudicado. ¿Es cierto?

D. JOR. Sí; cierto.

RAMON. Pues bien; ahora no pido para ningún extraño; ahora, don Jorge, pido sólo para mí.

D. JOR. (Sorprendido.) ¡Para ti! (Con cinismo.) ¿Quieres menos horas de trabajo? ¿Más sueldo acaso?

RAMON. No es eso, no. La ambición no me guía. Bien sé yo que la humildad de mi trabajo estaría suficientemente recompensada con unas migajas de pan; las necesarias para mi sustento. No codicio el dinero y el trabajo no me pesa, porque sé, don Jorge, que con toda una vida de trabajo y con cien voluntades puestas al servicio de esa vida, no lograré jamás pagar lo que le debo.

D. JOR. Entonces...

RAMON. Mi situación material nada reclama porque todo lo tiene. Pero ahora es el corazón quien reclama, y mis labios, torpes como todos los labios que tratan con palabras de reflejar un estado de alma, le suplican que acceda...

D. JOR. ¿Te interrumpes? Prosigue. ¿Qué quieres? Dí.

RAMON. Don Jorge: ante todo, pedir a usted perdón por el atrevimiento de haber fijado mis ojos en Luisa.

D. JOR. (Asombrado.) ¡Eh!... ¿Qué dices? ¿Acaso Luisa y tú?...

RAMON. Nos amamos, sí... (Don Jorge queda anonadado.) En nombre de ella hablo, y en el de los dos suplico a usted que autorice nuestro noviazgo. Mi agradecimiento será tan grande como mi aspiración, ya que en lograr la mano de Luisa pongo todos mis entusiasmos. Quiero casarme con la hija de aquel hombre bueno que supo recogerme del arroyo donde me abandonaron los brazos de la desgracia. (Ante el molesto gesto de don Jorge.) Sí, don Jorge, sí: de la desgracia... ¡Para qué suponer que fueran los del vicio!

D. JOR. (Balbuciente.) No prosigas, Ramón, no prosigas. Antes

de hacerme esta petición, debiste meditar su alcance y sus consecuencias. No rechazo tu persona, no. Pero... (*Interrumpiéndose.*) Agradéceme que no prosiga.

RAMON. ¿No sabe usted sobreponerse a todo prejuicio? ¿Es acaso el temor a las censuras de una sociedad torpemente constituída quien dicta su negativa?

D. JOR. (*Abrumado.*) No sé...

RAMON. ¡Por Dios, don Jorge! ¿No soy trabajador, honrado, bueno? ¿No he puesto todo mi entusiasmo, todo mi cariño, todo mi humilde ingenio en el engrandecimiento de esta casa? Por serle grato a usted, ¿no me asimilé a sus gustos, a sus deseos, a sus costumbres? ¿No le complací siempre como un hijo cariñoso y agradecido?

D. JOR. Sí...

RAMON. ¡Pues entonces! Sería muy hermoso que usted, que moldeó mi espíritu a su antojo, infiltrando en mi alma la semilla de las buenas acciones y de los nobles sentimientos; que conoce las reconditeces de mi corazón, porque está usted en mí, porque me ha hecho, me entregara a Luisa, diciéndole: «He aquí un hombre, que por serlo, sabrá quererte y cumplir como bueno».

D. JOR. Basta ya, Ramón, te lo suplico.

RAMON. Por piedad, don Jorge. Compadezca usted a quien como yo vivió sin conocer lo que éra un cariño de mujer. Jamás en mi frente se posaron los labios de una madre. Luisa, de pequeña, fué para mí una hermana humilde y cariñosa; luego una dulce compañera de mi juventud; más tarde vino a ocupar el lugar preferente de mi corazón. Y ahora, cuando aspiro a fundir todos estos amores en uno solo, en el más grande, en el más noble, en el más puro... usted, con una frase fría y seguramente impremeditada, con una negativa que todavía suena a hueco en mi cabeza, me arrebata en un instante todos mis proyectos, troncha todas mis ilusiones, y me deja sin nada y solo, muy solo... tan solo como cuando me recogió caritativamente a la puerta de su casa.

D. JOR. Basta, Ramón. Te prohibo que prosigas. Vuelvo a decirte que no meditaste bien el alcance de tu petición. Recógete en ti mismo y ve si tu conciencia te dice la razón de mi negativa. Tu pretensión es insensata y ha-

rás bien en desecharla. Tendré una nueva cosa que agradecerte.

RAMON. (Con desesperanza.) ¿Luego no me da usted ni una sola esperanza?

D. JOR. Creo haber dicho mi última palabra. (Pausa.) ¿Supongo no tendrás nada más que decirme?

RAMON. Nada. (Mutis don Jorge por foro derecha. Ramón, hondamente preocupado, se dirige hacia la mesa de la izquierda y queda sentado ante ella con la cabeza apoyada en las manos.) ¡Se niega!

ESCENA VI

RAMÓN y LUISA

LUISA. (Con traje de casa, entra por lateral izquierda, y luego de larga pausa, y al ver a Ramón ensimismado, se llega cautelosamente hasta él, cubriéndole los ojos con las manos.) ¿Quién soy?

RAMON. (Sorprendido.) ¡Eh! (Cogiendo las manos de Luisa y descubriéndose los ojos.) ¿Eres tú?

LUISA. Sí, hijo, sí; la misma, pero con otro traje. ¿Qué ya no me conoces? (Reparando en la preocupación de Ramón.) Anda, ¿pero qué es esa cara de apóstol? ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

RAMON. Ya ves... nada. ¿Qué ha de sucederme?

LUISA. ¿Nada? No te creo. ¿Estás enfermo? ¿Tuviste algún disgusto? Cuéntamelo todo, ¡ea!, o habré de enfadarme.

RAMON. Pero si no es nada.

LUISA. ¿Nada? ¿Con quién hablabas aquí?

RAMON. Con tu padre.

LUISA. (Como adivinando.) Entonces...

RAMON. (Con desaliento.) Sí, se ha negado.

LUISA. (Contrariada, pero tratando de animar a Ramón.) No te preocupes, Ramón; esto casi era de esperar en la primera entrevista... Luego... ya veremos. Le hablarán también mamá y don Pascual; están todos de nuestra parte.

RAMON. Todos menos él, y su negativa ha sido rotunda, desalentadora, casi definitiva.

LUISA. No augures pesimismos... Papá es bueno y justo. ¿Cómo sin una razón poderosa había de negarse?

RAMON. Así lo creo. No obstante, en las palabras de tu padre creí adivinar, como único motivo a su negativa, la razón de que no te merezco.

LUISA. ¡Pero Ramón! ¿Qué dices?

RAMON. Me explicaré mejor. Verás: ahora comienzo a ver claro. Acaso este cariño inmenso que te tengo obcecó mi razón y me impidió pensar con la necesaria calma si era digno o no de aspirar a tu amor. Cuando no otra cosa, Luisa, y dejando aparte un cúmulo de razones de carácter material, (Con dolor.) es el misterio doloroso de mi cuna quien se interpone fatalmente entre nosotros.

LUISA. Calla, Ramón, calla, que tus palabras no sé si me dañan o me ofenden. Yo no entiendo de estas cosas; no sé discutirlas; pero sé sobreponer el valor de la honradez, valioso y apreciable, al valor relativo de unos apellidos por cuya falta tú te estás doliendo siempre.

RAMON. Me has comprendido.

LUISA. Te he comprendido, sí, y he comprendido también que tu corazón está muy lejos de asentir a lo que tus labios dicen. Tú sabes muy bien que es más noble tu estado, digno y honroso, creado a fuerza de estudio y laboriosidad, que el de aquel que no tiene más valor moral que el legado de unos apellidos, por muy ilustres que éstos sean. La honradez no se hereda como las pesetas o los trastos viejos, no. La honradez es una e intransferible para cada ser. La honradez de mi padre, por ejemplo, termina en él; y yo he de crearme otra honradez, la mía, si quiero ser honrada. Tú te creaste la tuya, Ramón, ¡y qué más puedo ambicionar yo, sino que me pagues en esa moneda!

RAMON. ¡Qué buena eres, Luisa!

LUISA. Lo suficiente para perdonarte todas esas palabras obscuras que acabo de oirte. Lo suficiente para seguirte queriendo a pesar de tus locuras y de tus pesimismos y para alentarte a no desmayar en nuestra empresa ante el primer obstáculo que se nos interpone. (Pausa.) ¡Ea, señor seriote!, míreme usted. Así, (Levantándole la cara.) cara a cara, que no me como a la gente.

RAMON. Te adoro, Luisa.

LUISA. ¡Pero si eso ya lo sabía! Y yo también, tonto. Con toda mi alma. (Pausa.) ¿Pero no te alegras? ¿No te ríes? (Pausa.) Pues lo siento. Si hiciste para hoy voto de seriedad no vas a salirte con la tuya, porque voy a darte a leer la carta de Sionín.

RAMON. (Sonriendo.) ¿Qué te dice la *mademoiselle* madrileña?

LUISA. Toma y lee. (Con sorna.) Dice cosas interesantísimas.

RAMON. A ver, a ver. (Coge la carta de manos de Luisa y lee.) «Moníşima Sinsin». (A Luisa.) ¿Sinsin?

LUISA. Quiere decir Luisa o Luisín.

RAMON. ¡Ah! Bueno, bueno; adelante... (Leyendo.) «Hace tres días que quería pasar a verte, pero *madame* Albert, la modista, recibió las telas para el otoño y cise ser la primera en berlas...» (A Luisa.) ¡Atiza! Quise con c y verlas con b alta. Estas *mademoiselles* de los colegios *dernière crèation* que saben francés y no saben castellano, me hacen muchísima gracia.

LUISA. Y a mí.

RAMON. (Continuando la lectura.) «... y *cise* ser la primera en *berlas*, porque de lo contrario, Margarita Ordóñez se me hubiera adelantado, y no quiero vestirme de lo que ella deja. Ayer estuve en la boda de Purita Gómez y el condesito de San Miguel. Me reí mucho con Juan Antonio, el teniente, que estuvo graciosísimo. Por cierto que papá dice que Juan Antonio es un muchacho de talento y de gran porvenir. Ya preside duelos en los entierros de algún pariente. También asistieron a la boda las de López, tan cursis como siempre: con sus trajecitos aburridos a fuerza de reformas. El próximo martes iré a pasar el día contigo y verás mi último traje: es sencillito, como para diario: noventa duros ha cobrado por él *madame* Albert, y ya comprenderás que por ese dinero no se pueden hacer muchos milagros.» (Aparte.) Milagros, ni uno, pero lo que es trajes... (Leyendo) «¿Cuando te casas?» (A Luisa.) La pregunta no puede ser más oportuna. (Leyendo.) «Casaros pronto y dadme un día feliz. ¡Me río tanto en las bodas! El día de la tuya no se te olvide invitar a las de López; tendremos risa para toda la fiesta. Adiós, cariño. Recuerdos a Ramón,

y para ti besos de tu *Sionín.*» (Pliega la carta.) ¡Se acabó! Es una carta esta donde las faltas de ortografía quedan compensadas con la sobra de imbecilidades.

LUISA. Es simple la pobre Sionín. Pues no acabaste aún: detrás hay una postdata.

RAMON. (Desdoblando la carta.) ¿Postdata también? Lo debí suponer. No hay carta de mujer que no la tenga. ¡Siempre os queda alguna cosa por decir! (Leyendo.) «En este momento recibo carta de mi condesito, en la que me envía recuerdos para ti y para Ramón. Me escribe desde San Sebastián, diciéndome que acaba de perder en la ruleta del Casino doce mil pesetas, pero que se consuela pensando en aquello de «desgraciado en juego, afortunado en amor». Esto es un novio *chic* y distinguido. Estoy orgullosísima. Adiós». (A Luisa.) Es tonta de remate la pobrecita.

LUISA. Ja, ja, ja.

(Entra doña Matilde por lateral derecha.)

ESCENA VII

Dichos, DOÑA MATILDE. Luego DON PASCUAL

Dª MAT. Hola, pareja. ¿Caritas de Pascua? Me alegro.

RAMON. Reíamos las tonterías de una carta de Sionín. Así, pues, no fíe usted en apariencias, que no es oro todo lo que reluce. Estamos preocupados.

Dª MAT. ¿Y eso? ¿Hay novedades?

LUISA. Ramón, que habló con papá sobre nuestro asunto, y papá, de primera impresión, ha dicho que no consiente.

Dª MAT. ¿Y es esa toda vuestra preocupación?

RAMON. Naturalmente.

Dª MAT. ¡Pero qué impaciencia, hijos míos! Vosotros querríais cocer el guisado en cinco minutos, y eso no es posible; se necesita fuego lento... y constante. ¿Que papá hizo mala cara a la primera petición? ¿Que no consiente? Corriente. Mimos y halagos con él, y cuando esté en sazón, dentro de un mes, de dos, por ejemplo, nuevo

intento. Y así sucesivamente, hasta que al fin acceda. Porque esto no lo dudéis: papá accederá a vuestra boda. Estoy aquí yo para de vez en cuando remachar el clavito.

LUISA. ¿Le hablará usted?

Dª MAT. Sí, hija mía. (Entra don Pascual por foro derecha.)

RAMON. Es usted muy buena, doña Matilde. No sabré nunca cómo pagarle el favor que por nosotros hace.

D. PAS. Verdaderamente es una lástima que se lo hayas de pagar llamándola suegra.

Dª MAT. Hola; ya está aquí quien faltaba... Queda usted nombrado padrino.

D. PAS. ¿Es chico o chica?

RAMON. Las dos cosas.

D. PAS. ¡Ah! ¿Se trata de boda? Corriente. Ya sabéis que me gusta con delirio el chocolate... ¿Quién paga el convite?

LUISA. El padrino.

D. PAS. ¡Comprometedora!

Dª MAT. ¿Y Jorge? (Ramón y Luisa hablan aparte en voz baja.

D. PAS. Ahí detrás viene con don Víctor. Están inspeccionando las nuevas instalaciones.

Dª MAT. Me alegro que venga, porque quiero hablarle en la primera ocasión que tenga.

D. PAS. ¿A don Víctor?

Dª MAT. No, a Jorge. ¿Sabe usted que se niega?

D. PAS. ¿A qué?

Dª MAT. A lo de los chicos.

D. PAS. ¿Pero le habló ya Ramón?

Dª MAT. Hace un momento.

D. PAS. Entonces lo del padrinaje...

Dª MAT. Era hablar por hablar.

D. PAS. Hombre, me indigno. (Pausa.) Por supuesto, que eso será... lo que será. Y será lo que los chicos quieran. ¡No faltaba más! ¡Pero qué testarudeces de viejo regañón! Y es que cuando se llega a cierta edad, molesta todo lo que huele a juventud.

Dª MAT. No lo dirá por usted.

D. PAS. Lo he dicho por los viejos, que es la peor gente que existe. En pasar de los cincuenta, ya nadie confiesa

las locuras de sus buenos tiempos, y en cuanto cumplen sesenta, si escucha usted sus palabras, todos han sido en su juventud modelo de sensatez y virtudes. Hay de ellos que cuando una hija les pide novio, exclaman, inducidos por la rutina y por la costumbre en negar concesiones a la juventud: «¿Que quieres casarte a los veinte años? ¡Tu padre tiene sesenta y no se ha casado nunca!»

Dª MAT. ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué ocurrencias!

D. PAS. Por lo referente a Jorge, supongo que la negativa no habrá sido rotunda.

Dª MAT. Y aunque lo fuera, nosotros trataremos de convencerle: nos imponemos esta misión.

D. PAS. Naturalmente. Y le convenceremos. ¡Vaya si le convenceremos! (A Ramón y Luisa.) Y vosotros no os preocupéis. Doña Matilde y yo os protegemos. ¿Habéis oido? (Ramón y Luisa siguen ensimismados en una charla que debe de ser muy amena.) ¡Chis!... ¡Eh! ¿Habéis oido?

RAMON. ¿Eh?

LUISA. ¿Cómo?

D. PAS. (A doña Matilde.) ¡Qué felicidad! ¡No habían oído!

ESCENA VIII

Dichos. DON VÍCTOR y DON JORGE.

D. VIC. (Entrando con don Jorge por foro derecha.) ¡Magnífico! ¡Magnífico!

D. JOR. ¿Verdad? No cabe ya mayor perfección.

D. VIC. (Por todos.) Maravilloso, señores, maravilloso. Es la última palabra de la mecánica industrial. ¡Doña Matilde! (Le estrecha la mano.)

Dª MAT. Mucho gusto en verle, don Víctor.

D. VIC. Encantadora Luisita... (Le estrecha la mano.)

LUISA. Don Víctor, le saludo.

RAMON. ¿Quedó usted satisfecho?

D. VIC. Satisfecho y complacidísimo. Es la tesis que defendi siempre: nación que trabaja, nación rica. Y esas nue-

vas y potentes maquinarias, son el más elocuente emblema del trabajo y de la laboriosidad. ¡Son la última palabra de la perfección mecánica! (Por don Pascual.) Es el progreso, el progreso que camina sin descanso y que rompe diques arcaicos y se desborda inundando talleres y fábricas, donde hasta ahora se trabajaba con aparatos prehistóricos.

D. PAS. (Aparte.) ¡Ya salió el progreso!

D. JOR. Es una maravilla de prontitud y ahorro. Hasta ahora esas operaciones se realizaban a brazo, empleándose en ellas cincuenta obreros. Con solo diez operarios basta ahora para poner en movimiento los nuevos aparatos norteamericanos.

D. PAS. ¡Otra ganguita del progreso! Preguntadlo, si no, a los cuarenta obreros restantes que fueron a la calle.

D. VIC. Es admirable Norteamérica por lo que este pueblo tiene de grande. Y digo grande, material y moralmente hablando. Allí todo es hermoso, todo soberbio, todo digno de ejemplo. Yo he tenido ocasión de vivir aquella vida de actividad y modernismo en los dos viajes que a aquellas tierras he hecho. Primero—de esto hará tres años aproximadamente—fuí expresamente para llevar a mi hijita Totó al colegio Samblat de Washington. El año pasado fuí a verla en delicioso viaje de recreo, teniendo ocasión de ver por vez segunda aquel elegido país, y de admirar de nuevo aquellos poderosos centros fabriles, aquellas grandiosas empresas comerciales, aquellos magníficos centros de enseñanza, verdaderos modelos de pedagogía. ¡La última palabra, vamos, de la actividad y de la ciencia! Digo yo... ¡y así salen los ciudadanos!

Dª MAT. ¿Y es que tiene usted una hija en el extranjero?

D. VIC. Sí, señora; educándose.

Dª MAT. ¡Tan lejos!

D. VIC. Es el único medio de que su educación sea perfecta... Quiero hacer de mi hija una mujer fuerte y moderna; americanizar sus gustos y sus costumbres; dejar libre su alma de ñoñeces y prejuicios. Esto, en España, es imposible conseguirlo.

LUISA. Pues en España hay buenos colegios.

Dª Mat. Y estaría más cerca.

D. Vic. ¡En España! ¡Ja, ja, ja! En el extranjero, y sobre todo en Norteamérica, la mujer goza de una libertad individual y de una amplitud tal en la enseñanza, que la hacen, además de culta, fuerte baluarte contra todas las adversidades, dejándola en disposición de afrontar cara a cara la tremenda lucha de la vida. Allí aprende de todo: estudia carreras, porque tiene fácil acceso a la Cátedra, a la Clínica y al Foro; robustece sus músculos con los deportes, y monta a caballo, y juega al *futbol*, y nada, y patina... (Pausa.) En España, la mujer, sin deportes y en espera de un marido como única tabla de salvación, languidece detrás de los cristales de un balcón haciendo encajes y puntillas. ¡España es una fábrica de histéricas! Esto es, la última palabra de la inutilidad y de la ñoñería.

D. Jor. De acuerdo, don Victor, de acuerdo.

D. Vic. Aquí no aprende la mujer más que a rezar y coser trajes para sus muñecas.

Ramon. Ocupaciones esas, sin duda alguna, que son también de gran trascendencia moral para el natural desenvolvimiento de la sociedad.

D. Pas. Naturalmente.

D. Vic. No te entiendo, Ramón.

Ramon. Pues me explicaré fácilmente. (Pausa.) Yo creo que es un error de lesa humanidad la táctica seguida en esos colegios modernistas, tan bien defendidos por usted, donde los alumnos, sean del sexo que sean, entran en el encasillado único de la enseñanza oficial; más claro: donde enseñan a hombres y mujeres las mismas prácticas y lecciones, como si en la vida no tuvieran unos y otras, por ley inexorable de la Naturaleza, misión bien distinta que cumplir.

D. Vic. Su inteligencia es la misma; iguales, pues, deben ser sus derechos.

Ramon. Por Dios, don Víctor; no materialicemos tanto la vida, hasta el extremo de que una necia rivalidad prosaica y calculadora dé al traste con la estabilidad espiritual que debe regir a la humanidad. La misión de la mujer para con el hombre en la vida no ha de ser de obstruc-

ción, sino de complemento. Es el hombre quien, por leyes físicas y morales, ha de representar el papel fuerza y trabajo; la parte material, esto es, la mitad de la vida. Es la mujer quien forma el complemento de esa vida, representando el papel delicedeza. ¡Nadie por ella puede cumplir su sacratísima misión! El cariño al hogar debe ser su más fervorosa aspiración y culto. El cariño al hogar, que es cuna del amor filial primero, de la espiritualidad del matrimonio después, del amor a los hijos más tarde, de la devoción a la moral siempre. A fomentar el cariño al hogar en la mujer debieran encaminar sus esfuerzos todos los hombres de recta conciencia. ¡Cuántos dramas evitaríamos a la sociedad, Advirtamos a la mujer que su felicidad es susceptible según los grados de cariño que tenga por el hogar, y que ese cariño no se consigue montando a caballo! donde se masculiniza; ni en la Clínica, donde pierde su delicadeza; ni en el Foro, donde se convierte en una ridícula caricatura. Demos a la mujer una buena educación elemental y luego una amplia instrucción genuina y eminentemente femenina, educando su corazón a la par que su inteligencia. ¿Que rezan? Yo creo, don Víctor, que de tal virtud no pueden sacar sus hijos malas enseñanzas. ¿Que cosen trajes para sus muñecas? ¡Dejémoslas también! Con ese ingenuo entretenimiento aprenden a ser buenas, aprenden a ser madres... ¡Ah! ¡Escuelas de madres! De esto sí que están necesitadas todas las naciones. ¡Y así camina la humanidad por derroteros de muerte y de vergüenzas!

D. PAS. ¡Bravo! Venga esa mano. (Estrecha la mano de Ramón y dice, remedando a don Víctor.) ¡Eres la última palabra de la elocuencia castelarina!

D. VIC. Tú te exaltas, Ramón. Habría mucho que discutir sobre lo dicho.

D. JOR. No sólo te exaltas, sino que casi te insolentas. Yo creo muy razonado el parecer de don Víctor.

ESCENA IX

Dichos e ISIDORO

ISIDOR. (Entrando precipitadamente por foro derecha.) Las doce, señores. Ahora es ocasión de ver la salida de los obreros.

D. VIC. ¡Ah! ¡Magnífico! Será curioso. Zanjemos la discusión en este punto y vamos a ver cómo sale la honrada masa trabajadora, satisfecha de su media jornada de laboriosidad. ¿Vienen ustedes?

D. JOR. Sí, vamos todos.

Dª MAT. Le acompañaremos a usted.

LUISA. Ea, vamos allá.

(Mutis foro derecha Isidoro, don Víctor, don Jorge, doña Matilde y Luisa.)

D. PAS. (Cuando Ramón se dispone a marchar tras los demás.) Está hoy el día para discursos, muchacho.

RAMON. ¿Cree usted que pudo ofenderse don Víctor por lo que le dije?

D. PAS. No, por cierto, ya que él también se despachó a su gusto. Pero a ti se te conoce a la legua tu enfado, tu nerviosidad de hoy y la recibe en forma de discursos el primero que se presenta por delante. (Transición.) Ya me dijo doña Matilde que le hablaste a don Jorge.

RAMON. ¿Le dijo a usted también que se niega?

D. PAS. Sí, pero eso no tiene importancia; no te preocupes. Eso son rarezas. No hay padre de mujer rica y bonita que no tenga rarezas de estas. ¡Ah, si la muchacha estuviera desnuda! Desnuda en el buen sentido de la palabra, ¿eh? Te la enviaba a vuelta de correo. Y si además fuese fea, le pegaba sello de urgencia. Desde luego, tú insiste.

RAMON. Claro que insistiré.

D. PAS. Sí, porque los suegros casi todos gozan haciéndose de rogar. Bueno; en esto tienen algunos puntos de contacto con sus señoras hijas; no hay mujer que cuando le pides relaciones no conteste las consabidas frases de:

«Soy muy joven», «Lo pensaré», «Vuelva usted a por la contestación»... Y esperan ansiosas que reincidas, porque aquel «lo pensaré» está pensado desde el primer día que te vieron ir tras ellas. Haz en este caso lo mismo y vuelve a insistir, que tal vez don Jorge espere que reincidas.

RAMON. Cumpliré su consejo.

D. PAS. Pues claro, hombre. Pobre importuno... etc., etc.

RAMON. Bueno, vamos allá, que van a echarnos de menos.

D. PAS. ¡Ah, es verdad! Pasa delante y vamos a ver cómo desfila (Remedando a don Victor.) la honrada masa trabajadora.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Han transcurrido diez días. Son las últimas horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON JORGE y DON PASCUAL. El primero sentado ante su mesa. El otro sale por foro derecha.

D. JOR. ¿Queda alguien en la fábrica?

D. PAS. Nadie. Hace un momento pagué el último semanal. Sólo falta liquidar la cuenta de Isidoro.

D. JOR. ¿Pero no se marchó ya?

D. PAS. Volverá. Ha de despedirse de Matilde y de la chica.

D. JOR. ¡Otro que nos abandona!

D. PAS. ¡Qué remedio le queda! Su madre, vieja y achacosa, lo reclama a su lado. Parece que necesita de su ayuda y compañía. (Pausa.) Yo siento su marcha; la siento muchísimo. Isidoro es fiel y simpático. Digo, yo simpaticé con él desde el primer momento. Tengo muy presente en mi memoria el día en que por vez primera se presentó aquí a pedir trabajo. Gorrita en mano, con su tímido aire pueblerino, pero sin cartita de recomenda ción, que es el talismán prodigioso por el que chupan del bote más de cuatro inútiles y zoquetes. Esto, tal vez, fué lo que le predispuso a mi simpatía. Vino solo, sin padrinos, de cara a la lucha, y su mejor recomen-

dación fué demostrar desde el primer momento su aptitud para la contabilidad, multiplicando como el propio Pitágoras y elevando al cubo mejor que Patricia. ¡Fué una buena adquisición la que con Isidoro hicimos!

D. JOR. Evidentemente. Pero ahora se nos marcha. Puedes creer que me molesta cada vez que un dependiente sale de mi casa. Cada dependiente que se va es un espía suelto.

D. PAS. Hombre... llevas razón. Eso ocurre la mayoría de las veces, pero en Isidoro no hay caso.

D. JOR. Así al menos lo parece. Después de todo no se trata de un despido; se marcha por su voluntad. ¡Allá él! (Pausa.) ¿Y Ramón?

D. PAS. En el escritorio de la fábrica quedó ultimando no sé qué cosilla. (Con cierto temor.) Por cierto que lo tienes algo contrariado. Está el chico como para que se la lleven los diablos. Y con razón, eso sí; con muchísimo razón.

D. JOR. (Afectado.) ¿Contrariado Ramón?

D. PAS. ¿Te extraña?... Pues no debiera extrañarte. La primemera cosa que no he podido comprender en mi vida es tu negativa a los amores de los chicos. Por supuesto, yo no había querido inmiscuirme nunca en este asunto por motivos de delicadeza; pero llegados al extremo de que ni las razones de Ramón, ni los ruegos de Matilde, ni las lágrimas de la chica te hagan variar de determinación, estoy dispuesto a erigirme en protector de los débiles, y valiéndome de la amistad que nos une, decirte: Jorge, accede a esa boda, que ahora soy quien te lo pido.

D. JOR. Y yo, Pascual, en nombre de esa misma amistad que tú invocas, he de suplicarte de una vez para siempre que no me hables de este asunto; acabaréis todos por agotarme la paciencia.

D. PAS. No deja de ser esto una obstinación incomprensible. Fíjate, no ya por Ramón, aunque obligado moralmente estás también a velar por su bienestar, pero fíjate que se trata del sosiego, de la tranquilidad, de la felicidad de tu hija. (Bondadosamente.) ¡Pero si no puedes negarte!

D. JOR. (Con gravedad.) ¿Y si yo te dijera que hay de por medio razones poderosas que justifican mi negativa?

D. PAS. (Incrédulo.) ¡Bah!... Habrías de declararme claro y raso qué razones son esas; de lo contrario seguiría creyendo siempre que sin otro motivo que una diferencia social y el miedo a las censuras de unos cuantos ridículos, estás tronchando las ilusiones de dos chicos... bueno, de un chico y una chica, que con justicia reclaman el dulce derecho al amor.

D. JOR. (Enérgico.) ¡Basta! Te suplico, Pascual, que no prosigas.

D. PAS. Si tú lo quieres, así sea; se acabó la conversación... (Pausa.) Pero yo en bien tuyo lo digo. ¿Qué necesidad tienes de discutir y de disgustarte por lo que al fin y al cabo sólo debiera ser para tí motivo de regocijo? (Bondadoso.) ¿No se quieren ellos? ¡Pues déjalos! Acuérdate de tus veinticinco años. Además, que resulta enojoso y casi tonto oponerse a las pretensiones de dos tórtolos cuando comienzan a hacerse carantoñas.

D. JOR. (Muy grave.) Yo me opondré. Y con todas mis fuerzas. Es mi deber y llegaré, si es preciso, hasta lo inverosímil; hasta sacrificar a mi hija; hasta echar a la calle a Ramón de forma violenta, aunque con esta brusquedad destrozara mi corazón y amargara los últimos días de mi vida. (Solloza.)

D. PAS. (Sorprendido.) Pero... ¿no me engañan los ojos? ¿Son es lágrimas? ¿Lloras, tú, Jorge?

D. JOR. Sí; lloro de rabia o de vergüenza, y cree que cuando un hombre de mi entereza se opone con lágrimas en los ojos a esa pretensión, que al parecer de todos es un problema fácil de resolver, ha de existir para ello una razón poderosa.

D. PAS. No puedo comprenderte. Justifícate siquiera.

D. JOR. (Con dolor.) ¡Justificarme! ¿Acaso si pudiera no me hubiera ya justificado?

D. PAS. ¿Ni ante mí puedes hacerlo? ¿Tan grave es tu secreto que no puedes abrir el corazón a tu mejor amigo?

D. JOR. Es grave y doloroso. De una gravedad que amarga mi existencia, mortificando mi amor propio. (Con vehemencia.) De una gravedad que me obliga, contra mi voluntad, casi por egoísmo, porque necesito de tu ayuda y

consejo, a revelarte lo que jamás pronunciaron mis labios. (Pausa.) Jura ayudarme en este amargo trance y guarda mi secreto como cosa tuya.

D. PAS. Jorge, amigo mío; no pierdas la calma, serénate, y cuenta desde luego conmigo para todo. Me inquietas, cree que me inquietas.

D. JOR. Inconscientemente, Pascual, has contribuído a crearme el más serio conflicto de mi vida... Siéntate y disponte a escuchar una historia breve y dolorosa.

D. PAS. Habla, que soy todo impaciencia.

D. JOR. (Luego de larga pausa y a baja voz.) En mi juventud, Pascual, y antes de conocerte a ti, tuve amores ilícitos con una mujer. Fueron estos amores... como todos los de su clase. ¿Para qué contarte? Vergonzoso deseo que fusionó dos cuerpos, cuyas almas estaban muy distantes. Más tarde conocí a Matilde, y sus gracias y bondades me hicieron conocer el verdadero amor y concebir el propósito firme y resuelto de abandonar aquella vida licenciosa y formar un hogar... Me casé... Para mi antigua amiga aquel abandono y separación significaba una vida de privaciones sin límites, y me perseguía a todas partes amenazándome con el escándalo y la vergüenza si la condenaba a la miseria. Era como el recuerdo perenne y atormentador de mi pasado vergonzoso.... Inútil decirte que con dinero fuí acallando aquellas voces pregoneras de mi falta; pero eso sí, te lo juro, me alejé cuanto pude de aquella mujer. Matilde era dueña absoluta de mi alma y de mi cuerpo... Así transcurrieron tres años y de mi matrimonio con Matilde no tuve hijos. ¡Ay, Pascual! ¡Qué soledad más terrible la de un matrimonio solo, (Recalcando la frase.) completamente sólo! Yo no sé si debido a esta circunstancia defraudadora, o a una flaqueza de mi voluntad, o tal vez a las dos cosas a un tiempo, volví a abandonarme en brazos del vicio...

D. PAS. ¿Reanudaste tus relaciones con aquella mujer?

D. JOR. ¡Desgraciadamente! Y entonces Dios quiso castigar mi falta y nació el hijo del pecado. (Muy grave.) Ese hijo, Pascual, ese hijo es... Ramón, (Solloza.) la gran mancha de mi vida, que sólo se borrará con la tumba.

D. PAS. ¿Ramón? ¿Pero qué es lo que escucho?

D. JOR. (Luego de una pausa.) Al nacer él murió mi amante. Yo no podía, no debía abandonar a mi hijo con inhumano y criminal desprecio. Y al recordar los días tristes y monótonos de mi matrimonio con Matilde, jamás alegrados por una risa infantil, decidí traerlo a mi propia casa. Busqué el medio de efectuar mi propósito sin necesidad de confesar a Matilde ni a nadie mi vergüenza. No me fué difícil... Inventé una historia, y valiéndome de la obscuridad de la noche me lo traje conmigo, mintiendo a Matilde el vulgar suceso que todos conocéis: que lo encontré abandonado y aterido de frío junto a la puerta del jardín. Como sabes, no tardé en convencer a Matilde para que Ramón quedase en casa. Después, un amigo cariñoso e influyente, se ocupó de legalizar la situación de Ramón para con la Inclusa, y en el registro de esta benéfica institución quedó inscrito el niño con los nombres de Ramón de Dios Expósito. Matilde y yo quedamos nombrados simplemente depositarios del niño, prometiéndonos mutuamente velar por él y labrarle un porvenir... (Pausa.) A los cinco años nació Luisa... (Pausa.) ¿Comprendes ahora mi pena?

D. PAS. Sí; me hago cargo de ella y he quedado también abrumado bajo el peso de esta inesperada revelación. (Luego de una pausa, con seriedad, y como iluminado de una súbita idea.) Y escucha: ¿Estuviste siempre seguro de la fidelidad de tu amante?

D. JOR. ¡Oh! ¿Qué es lo que sospechas, Pascual?

D. PAS. Lo que es muy posible. ¿Quién puede asegurarte que Ramón sea hijo tuyo?

D. JOR. La sola duda es suficiente para ordenarme que cumpla con mi deber.

D. PAS. Es verdad. Pero tu situación es desesperada, (Con indecisión.) porque adoptar una resolución enérgica... confesar tu falta...

D. JOR. (Interrumpiendo.) ¡Sería terrible! Vería destruirse la calma de mi hogar, donde imperó siempre la paz y la tranquilidad. El golpe sería rudo para Matilde, para ellos, para todos los de esta casa, ya que mi dignidad quedaría también resentida. (Pausa.) Además, no tengo

tampoco la certeza de que sería creído. ¿Cómo probar lo improbable, lo que sólo está escrito en mi conciencia? No hay que pensar en ello, no; la solución no está en este camino.

D. PAS. Y si callas... (Don Jorge hace gestos negativos.) ¿Y por qué no? Piensa que no estando el hijo reconocido por ti, no hay poder ni fuerza legal que separe a Luisa y Ramón y que tampoco hay derecho a destrozar la vida de esos dos seres, oponiendo entre ellos la conclusión incierta de lo que tal vez no sea más que una aprensión tuya.

D. JOR. No, no; ¡sería monstruoso!

D. PAS. (Luego de una pausa.) En último caso, queda otro recurso: aleja a Ramón de esta casa, pero sin violencias de ningún género, que sólo servirían para avivar más y más la llama de su amor. (Pausa.) Nómbralo director de alguna de nuestras sucursales de América... Un viaje largo... dos o tres años de estancia en aquellos países... ¡y quién sabe si tienes conjurado el conflicto! La ausencia dicen que es el peor enemigo del amor, y los cerebros, a los veinte años, son veletas frágiles que cambian de dirección con una facilidad pasmosa. (Por foro izquierda se oyen las claras risas de Luisa y Sionín.—Don Jorge y don Pascual se ponen en pie.) Medita esto que te digo, y hagamos punto por ahora, que llega la gente joven. (Don Jorge, visiblemente preocupado, hace mutis con naturalidad por lateral derecha.—Don Pascual se dirige hacia foro izquierda, por donde entran Luisa y Sionín con ramos de flores en las manos.)

ESCENA II

DON PASCUAL, LUISA y SIONÍN. Luego PATRICIA

SIONÍN. No, hija, no. Te aseguro que otro día no me pescas. (Reparando.) Muy buenas tardes, don Pascual.

D. PAS. Hola, pareja.

SIONÍN. De floreros, ¿no?

D. PAS. Ja, ja, ja. ¿Se ha paseado mucho?

LUISA. Bastante. Fuimos al huerto de Mariquita. (Dejan los ramos en una silla.)

SIONÍN. Sí. Por cierto que es un encanto de huertecito. Todo sucio y lleno de tierra... Nos hemos puesto hechas unas lástimas.

LUISA. Exagerada.

D. PAS. No hay exageración en lo que dice... (Quédase dudando y sin recordar el nombre de Sionín.)

SIONÍN. Sionín.

D. PAS. Sionín, eso es; no hay exageración en lo que dice Sionín, porque verdaderamente un huerto con tierra es una asquerosidad. (Con ironía.) Yo no sé por qué los huertos no los asfaltan. (A Sionín.) Y así se ponen los bajos. ¡Lástima de medias y de zapatitos que se ensució usted!

SIONÍN. ¡Oh, eso es lo de menos! No tiene importancia. Ya prevenida me traje los peorcitos para venir a pasar estos días aquí. Esta gente vive en pleno campo.

(Luisa se aproxima a lateral izquierda y hace sonar un timbre de servicio.)

D. PAS. ¿Los peorcitos dice usted? Pues son bonitos, muy bonitos.

SIONÍN. De diario. Cuarenta pesetas. De casa de Bardier, *rue de la Paix, París*. (Con desenfado se recoge la falda, dejando ver tres cuartas partes de pantorrilla.) ¿Le gustan?

D. PAS. ¡Ya lo creo que me gustan! De primera, (Intencionadamente.) So... nín, de primera.

PATRI. (Por lateral izquierda.) ¿Qué me mandan los señores?

LUISA. Llévese estas flores, Patricia. Póngalas en un jarro bien lleno de agua para que no se marchiten. (Coge los ramos y se los entrega a Patricia.) Son hermosísimas. Déjelas encima de la consola.

PATRI. ¿Las pongo todas en la consola?

LUISA. Sí.

PATRI. (Insinuante.) ¿Y en los búcaros de San Antonio?...

LUISA. (Sonriente.) Sí, sí.

PATRI. (Insinuante.) ¿Y en la capillita de la Virgen?

LUISA. (Sonriente.) ¡Oh, sí, también!

PATRI. ¿Y en la habitación del señorito Ramón?...

LUISA. No, no; no hay necesidad. Allí ya las pondré yo luego.

Trae. (Coge unas flores del ramo y se las prende en el pecho.) Ve preparando la merienda.

PATRI. Está muy bien. (Haciendo mutis por lateral izquierda.) ¡Si me sabía yo que todas no eran para la consola. (Mutis.)

D. PAS. A esta doncellita y a don Víctor los comparo yo por su (Recalcando.) romanticismo. ¿No se llama así la enfermemedad de que están atacados los romanceros?

SIONÍN. Ayer tomé el té con don Víctor en casa de las de Salazar. Por cierto que allí me enteré de los pormenores del hecho. (Sonríe intencionadamente.)

LUISA. (Sin comprender.) ¿Del hecho?

D. PAS. ¿De qué hecho?

SIONÍN. ¡Ah! ¿Pero es que no saben nada? Andan ustedes muy atrasados de noticias.

LUISA. Como no te expliques...

SIONÍN. ¡Pero si es una historia graciosísima para una película cinematográfica! Lo sabe ya todo el mundo.

D. PAS. Menos nosotros, que por lo visto vivimos en la luna.

SIONÍN. Ustedes deben saber que don Víctor tenía una hija educándose en un colegio americano.

LUISA. Eso sí que lo sabíamos.

SIONÍN. Pues bien; hace unos días recibió una carta de la directora del citado colegio notificándole que Totó, la hijita de marras, se ha fugado con un aviador que está allí de moda.

D. PAS. ¡Atiza! ¡Muy deportiva y muy (Señalándose la chaqueta y recalcando.) americanizada!

LUISA. ¡Qué locura de chica! Don Víctor estará consternadísimo.

SIONÍN. No hay para tanto, mujer.

D. PAS. ¿Con que no hay para tanto? Pero... ¿le parece a usted poco?

SIONÍN. Al fin y al cabo, eso es una nota extravagante que siempre resulta *chic* y de buen tono. El lo contaba ayer en casa de las de Salazar, dándole una relativa importancia al hecho. Dijo que con este motivo imprevisto iba a tener ocasión de admirar nuevamente la América progresiva y civilizada. No hay que negar que es una fuga novelesca y original. Purita Gonzaga, que se encontraba con nosotros, dijo que hace unos días vió una pelí-

cula parecidísima. Desde luego, yo envidio la popularidad tan alta que habrá alcanzado esa chiquilla.

D. PAS. ¡Y tan alta!

SIONÍN. ¡Quién se lo había de decir! ¡Ella tan negra y tan feúcha! Porque habiéndose escapado con un hombre célebre, la fotografiarán en los periódicos. Y la conocerá todo el mundo. Hija, no sé cómo hay muchachas que tienen tanta suerte.

LUISA. Por Dios, Sionín, no digas locuras.

D. PAS. (A Luisa.) Calla, tonta de remate. ¿Qué sabes tú de estas cosas, (Con fingida redundancia.) so histérica a la española? Esto debe ser (Remedando a don Víctor.) la última palabra de algo que tú no entiendes. Yo soy de la opinión de... (Duda nuevamente sin recordar el nombre.)

SIONÍN. Sionín, don Pascual, Sionín. Nunca recuerda usted mi nombre.

D. PAS. Pero hija mía, si por el pícaro afán de la originalidad se ponen ahora las mujeres unos nombres tan difíciles... Loló, Fifí, Totó, Sionín... ¡Todo sea por el modernismo! Y a propósito de ello. ¿Qué quiere decir Sionín?

SIONÍN. (Extrañada.) ¿Que qué quiere decir? ¡Vaya una pregunta!

D. PAS. No creo haber dicho ninguna tontería. Yo a Santa Sionín no la conozco, y hasta casi aseguraría que no está este nombre en el Santoral.

SIONÍN. Claro que no está; como que Sionín es diminutivo.

D. PAS. ¿Diminutivo de qué?

SIONÍN. De Encarnación, hombre, de Encarnación. Yo creo que está bien claro.

D. PAS. (Extrañado.) ¡Ah! ¿De modo que Sionín es diminutivo de Encarnación? ¡Señores, lo que se inventa!

ESCENA III

Dichos y Ramon.

RAMON. (*Entrando por foro derecha.*) Ya veo aquí reunido el tríptico del buen humor.

D. PAS. ¿Eh?

RAMON. Sí. (*Por don Pascual.*) He aquí la despreocupación, (*Por Sionín.*) aquí la frivolidad, (*Estrechando las manos a Luisa.*) y aquí la alegría. ¿Qué tal el paseo? ¿Fuisteis al huerto?

LUISA. Sí. De allí venimos. Hemos traído flores para la Virgen y para San Antonio.

D. PAS. Y para Ramón.

LUISA. (*Vergonzosa*) Diga usted que no, don Pascual.

SIONÍN. Diga usted que sí, Ramón.

RAMON. Bueno; ¿qué es lo que he de decir?

LUISA. (*Bajando la voz*) Que no.

RAMON. (*Sonriente a Luisa*) ¿Que no?

LUISA. (*Bajando la vista, ruborosa.*) Que sí. (*Ramón y Luisa quedan hablando en voz baja. D. Pascual y Sionín se miran intencionadamente y hay una pausa azarosa.*)

SIONÍN. ¡Si serán imprudentes! No reparan en que yo no puedo ver ciertas cosas teniendo el novio a cuatrocientos kilómetros de distancia.

D. PAS. Pues ¡agárrese usted a mí, que lo que tengo a cuatrocientos kilómetros de distancia es la juventud!

SIONÍN. (*Tratando de interrumpir.*) ¿Merendamos, Luisa?

LUISA. Cuando gustes. Pasemos al comedor que ya estará preparada.

SIONÍN. ¿Se quedan ustedes?

D. PAS. Sí.

LUISA. Hasta luego, pues.

RAMON. Adiós.

SIONÍN. (*A Luisa, haciendo mutis por lateral izquierda.*) Chica, tu novio está guapísimo. Esa palidez lo hace interesante. Parece un galán joven de comedia. (*Mutis las dos.—Pausa. Por lateral derecha entra don Jorge, atormentado bajo el peso de una idea fija.*)

ESCENA IV

DON PASCUAL, RAMÓN y DON JORGE.

D. JOR. Yo creo, Pascual, que ese viaje del que antes te hablé puede sernos beneficioso. Daríamos amplios poderes a Ramón para que inspeccionara y reorganizara nuestras agencias de América, que a la sazón se encuentran bien descuidadas. Tenemos nuestros intereses en manos de gente inepta, y esto un día u otro ha de acabar. Es necesario que así ocurra.

D. PAS. (Algo dudoso al principio. Haciéndose luego cargo de la situación.) Sí, sí. Yo también lo creo necesario... muy necesario. ¡Ya lo creo!

RAMON. (Algo sorprendido.) ¿De qué se trata?

D. PAS. (Quitando importancia a la noticia.) Nada... un viajecito que te vas a hacer a las Américas. Se te presenta ocasión de ver en vida (Recalcando.) el otro mundo.

RAMON. (Impresionado, pero con aparente serenidad.) ¡Ah! ¿Un viaje?

D. JOR. Sí; eso hemos decidido, reconociendo que tú eres el que estás en mejores condiciones para emprenderlo, y suponiendo que no tendrás inconveniente en ello. Tendremos una vez más que agradecerte el interés que has demostrado siempre por nuestra casa.

D. PAS. Eso es, sí. La gente joven todo lo puede. Tú eres el más indicado... eso es; el más indicado.

RAMON. (Reprimiéndose.) Me satisface la noticia. Ardo en deseos por un viaje así. Es más; lo creo necesario.

D. JOR. Lo celebro. Si tuvieras algún reparo...

RAMON. No, no; ninguno. Un largo viaje por mar era toda mi ilusión. Espero solamente la orden de embarque.

D. JOR. Ya hablaremos de ello. (A don Pascual.) ¿Llegó Isidoro?

D. PAS. No ha venido todavía, pero no debe tardar.

D. JOR. Dentro te espero.

D. PAS. Corriente. Ve preparando el tablero para la partida, que esta tarde es mío el juego. (Mutis don Jorge por lateral derecha.—Hay una pausa larga y azarosa.) Feliz tú, Ramoncito, que vas a emprender un viaje cuya realización

ha sido el sueño de toda mi vida. (Un poco cortado ante la sonrisa irónica de Ramón.) Pero ya ves; nos hacemos viejos y no podemos exponernos a más de cuatro trotes. ¡Quién tuviera tu edad! Te envidio, chiquillo, te envidio con toda mi alma.

RAMON. (Con dolor.) ¿Tan envidiable soy?

D. PAS. ¿Y quién lo duda?

RAMON. (Escéptico.) ¡Ay, don Pascual! Más que el golpe de un enemigo que hiere cara a cara, duele a veces el vacío que en nuestro derredor hace, por miedo o por lo que sea, el único amigo que creíamos fiel.

D. PAS. (Aturdido.) Extraño tus palabras, Ramoncito.

RAMON. ¿Le extrañan? Sorpresa por sorpresa, pues. Tampoco yo pude imaginar nunca en usted un cambio tan rápido de parecer.

D. PAS. (Más aturdido.) No sé a qué te refieres.

RAMON. ¡Por Dios, don Pascual! Que pretenda engañarme don Jorge, se puede transigir. ¡Pero usted! No me ofenda creyéndome tan niño ni tan inocente. A decir verdad, la trama está magníficamente preparada. ¡Lástima que les sirva para tan poca cosa! Se pretende alejarme de esta casa, creyendo sin duda que este viaje indefinido, tal vez perpetuo, ha de entiviar mi cariño hacia quien para mí vale más y tiene más fuerza que todas esas maquinaciones sordas de ustedes, hijas de una despreciable serie de prejuicios.

D. PAS. Pero...

RAMON. No; no se esfuerce en disculparse. ¡Otra amistad que que se esfuma! ¡Qué dolor, don Pascual, qué dolor! Quizás habrá sido usted mismo quien lanzó la peregrina idea salvadora.

D. PAS. (Rápidamente.) No; eso no. (Muy digno.) Te lo prometo por la salud de mi mujer. (Aparte.) Un padrenuestro por mi esposa.

RAMON. Después de todo, poco importa saber de quién salió la idea. El hecho positivo es que se me quiere arrancar de esta casa, y para ello se me pide de la única manera que no puedo negarme; mejor dicho, de la única manera que creen ustedes que no puedo negarme. No obstante...

D. PAS. ¿Acaso no estás dispuesto a hacer ese viaje?

RAMON. Hay mucho que pensar.

D. PAS. (Muy bondadoso.) Haces mal, Ramón; no disgustes a don Jorge. Si obedecieras, ¿quién duda que a tu regreso alcanzarías de grado lo que ahora quieres por fuerza?

RAMON. (Con dignidad.) ¿Por fuerza? La ley ampara nuestra voluntad. Quien emplea la fuerza es aquel que, abusando de una egoísta autoridad paterna, trata de menospreciar la ley moral que une a dos novios y de pisotear la ley civil que los protege.

D. PAS. Corriente. Será así como tú dices... Eres un orador formidable... ¿eh? Pero no dejes a un lado la sensatez y considera que siendo novios... vamos, yo no digo que esto sea ningún crimen, no; pero no es lo corriente que dos novios, mientras lo sean, vivan bajo el mismo techo. Hasta para esto es conveniente tu viaje. Por otra parte, sois jóvenes, y tu permanencia en América no puede exceder de un par de años. ¡Hasta podrías hacer durante este tiempo algún viaje extraordinario! Una miradita a la casa, un apretón de manos a nosotros, un abrazo a ella... y a América otra vez. Yo creo que a tu regreso definitivo estaría la boda en su punto.

RAMON. Y si esto es así, ¿por qué no me lo dice don Jorge? Don Jorge no promete; niega y niega, y tras esta negativa no veo como usted un horizonte de esperanza, sino un punto negro. (Pausa.) No nos hagamos ilusiones, no. Si don Jorge fuera gustoso lo hubiera dicho ya, a la primera insinuación mía, a la primera noticia que de nuestros amores tuvo. Si niega es... por lo que usted sabe, (Don Pascual hace pequeños signos afirmativos.) por lo que yo sé... (Don Pascual hace signos negativos.) y estos motivos, desgraciadamente, subsistirán siempre. Mi deber es permanecer al lado de Luisa, para que quien esté interesado en nuestra separación no se aproveche de mi ausencia y desvíe su alma virgen de los nobles derroteros en que yo la encaucé. Dos años de consejos parciales por parte de don Jorge, harían que a mi regreso encontrara en esta casa a una Luisa que no sería mi novia, ni mucho menos la Luisa de mis sueños.

D. PAS. (Confuso y queriendo cortar la conversación.) Hijo... no sé

qué decirte. Si de algo sirve mi modesta opinión, te aconsejo que no violentes el asunto. Obedece, obedece y sé bueno, que ya vendrá la recompensa. (Queriendo agradar.) ¿Eh, pillín?... (Insinuante.) Y en último caso... ¡hay tantas mujeres en el mundo!...

RAMON. (Ofendido.) ¡Don Pascual!

D. PAS. (Cambiando rápidamente de conversación al darse cuenta de su imprudencia y mirando al reloj.) Las siete. ¡Qué tarde es! ¿Verdad? Y don Jorge me estará esperando dentro. Mira: (Sacando del bolsillo interior de la chaqueta un sobre cerrado.) aquí está la liquidación de Isidoro; dásela tú mismo en cuanto llegue. (Le da el sobre, que Ramón deja encima de la mesa del escritorio de don Jorge.) Los recibos ya los dejó firmados. Bueno, hasta luego. (Haciendo mutis por lateral derecha y suspirando hondamente.) ¡Ay! Qué peso se me quitó de encima. No tengo yo carácter para estas situaciones. (Mutis.)

(Ramón, visiblemente preocupado; va lentamente hacia el escritorio de la izquierda, quedando sentado ante él. Un reloj da siete campanadas. Hay una pausa y entra Isidoro por foro izquierda con un pequeño maletín de viaje en la mano.)

ESCENA V

RAMÓN e ISIDORO

ISIDOR. ¿Lo encuentro solo? (Deja el maletín sobre una silla.)

RAMON. Hola, Isidoro. Solo... con unas cuantas preocupaciones. Si a esto llamas estar solo...

ISIDOR. ¿Salió don Pascual?

RAMON. No; acaba de entrar al saloncito de recreo con don Jorge. Hoy es sábado y hay la consabida partida de damas. Tengo yo el encargo de liquidar tu cuenta. ¿Cuándo es la marcha?

ISIDOR. Esta noche a las nueve, si Dios quiere. Créame, Ramón, que siento una pena muy grande al abandonar esta casa.

RAMON. También yo... (Interrumpiéndose.) Bueno, ¡para qué de-

cirte nada! Has sido para mí un buen amigo, un compañero insustituíble, una amistad sincera... ¿Qué quieres que te diga? Yo no sé cómo se paga una amistad de veras en esta vida llena de egoísmos y de ingratitudes.

ISIDOR. Gracias, Ramón.

RAMON. (Pensativo.) ¡Qué dolor, ver cómo los amigos se van marchando!

ISIDOR. Las circunstancias me obligan. Bien sabe don Jorge y bien saben todos, que a no ser por la necesidad que mi madre siente en tenerme a su lado, no los dejaría nunca.

RAMON. Lo sé, Isidoro, lo sé.

ISIDOR. Pero no hay otro remedio. ¡Es tan vieja la pobre, tan viejecita! Hasta ahora, y desde la muerte de mi padre, ella se había administrado los escasos bienes que poseemos. Ahora ya no puede; necesita de mi ayuda, y más que de mi ayuda de mis cuidados. ¡Pobre vieja mía!

RAMON. (Que durante la conversación se emocionará visiblemente cada vez que Isidoro nombre a su madre.) ¿Tenéis bienes de fortuna?

ISIDOR. Muy poca cosa. Una casa y unos pedazos de tierra; pero con buena administración, lo suficiente para vivir holgadamente en aquel lejano pueblecito.

RAMON. Ya faltas de allí una porción de tiempo.

ISIDOR. Cuatro años.

RAMON. ¡Cuatro años!... Cuatro años sin una vacación para abrazar a tu madre.

ISIDOR. Ni don Jorge me la dió, ni yo se la pedí tampoco. ¡Como el viaje es largo y costoso! Soy un pequeño avaro y preferí siempre ahorrar, ahorrar mucho para aumentar la hacienda de mi vieja todo lo posible. Hace cuatro meses le envié mis últimos ahorros: mil pesetas. Mil pesetas son... cuatro hanegadas más de secano.

RAMON. (Como respondiendo a una idea fija.) ¡Cuatro años sin ver a tu madre! ¡Te parecerá que ha transcurrido un siglo!

ISIDOR. ¡Figúrese! Ella es lo único que en el mundo tengo.

RAMON. (Como consigo mismo.) ¡Lo único! ¡El todo! (Transición.) ¿Ya sabe que vas?

ISIDOR. Sí; ayer recibiría la noticia.

RAMON. ¡Oh! Cree que ya estoy imaginándome el cuadro indescriptible que se desarrollará a tu llegada. Tu pobre

madrecita, gozosa y alegre, saldrá a recibirte a la estación con muchas horas de anterioridad a la llegada del tren. Y su vista, casi agotada por la vejez, no se apartará un solo instante del límite de aquel largo camino por donde ha de venir el hijo que a ella le parecerá que no llega nunca... Y habrán unos instantes de febril inquietud, hasta que de pronto aparezca allá, a lo lejos, el tren con su gran penacho de humo como corona. Entonces el corazón de tu pobre madre estará próximo a estallar de gozo. Llegará el tren y los ojos de la vieja escrutarán ansiosos todos los coches y todas las ventanillas... No te verá, pero te presentirá cerca, muy cerca... De pronto, uno que se apea del coche, y que corre a su encuentro, y se arroja en sus brazos... y la vieja que quiere reir... pero que llora... Luego un abrazo estrecho, y un beso largo, muy largo, casi interminable... (Con lágrimas en los ojos.) Isidoro, ¿cómo son los besos de las madres?

ISIDOR. (Conmovido.) ¡Por Dios, Ramón! No se aflija usted, que me da mucha pena. Comprendo su gran desgracia, su enorme desgracia, pero reconozco que hace usted mal en afligirse, en atormentarse constantemente por lo que es irremediable. Hay que vivir más el momento presente y no forjarse ni demasiadas ilusiones para el porvenir, puesto que el porvenir es una frágil nube en el aire, ni de ningún modo volver la vista atrás, ya que los tiempos pasados sólo son tumbas que nos entristecen. No recuerde usted más su desgracia. ¿Qué conseguirá con ello?

RAMON. En mi corazón hay un vacío horrible, Isidoro.

ISIDOR. ¿Y es que acaso el cariño de la señorita Luisa no consigue llenar ese vacío?

RAMON. (Iluminado su rostro por leve sonrisa.) ¡Oh! ¡Cómo agradezco tu consuelo, Isidoro, a la sola invocación de su nombre!

ISIDOR. Unicamente en el cariño de un ángel así, se puede alcanzar la compensación a la falta del otro cariño. Sólo los besos de la señorita Luisa pueden hacerle comprender a usted la dulzura del beso de una madre...

RAMÓN. Ofendes a Luisa, Isidoro.

ISIDOR. ¿Que la ofendo? No; la ofenderá tal vez quien confunda

el beso de una novia con un deseo torpe y censurable. ¡Pero si yo lo igualo al de una madre! Ambos van de cariño a cariño, de corazón a corazón, de pureza a pureza. Quien otra cosa sienta que no diga que ama, porque miente. (Ramón queda silencioso y pensativo.) Ea, Ramón, no hablemos más de esto, que lo entristece.

RAMON. Tienes razón; acabaría por llorar como un chiquillo. (Cogiendo de la mesa de la derecha el sobre que dejó.) Toma; esto es lo que dejó don Pascual para ti.

ISIDOR. (Tomando el sobre.) Muchas gracias.

RAMON. (Sacando de su cartera un billete y entregándoselo a Isidoro.) Y esto de mi parte. (Ante la indecisión de Isidoro.) ¿Tienes reparos en aceptar un obsequio mío? ¿Acaso no lo mereces?

ISIDOR. ¡Oh, sí, sí! Pero...

RAMON. Bueno; pues acepta esto con la condición de que no es para ti, y compra de mi parte un obsequio a tu madre. ¿Aceptas?

ISIDOR. Sí. Y nunca sabré cómo agradecérselo bastante. (Toma el billete. Entran por lateral izquierda doña Matilde, Luisa y Sionín.)

ESCENA VI

Dichos, DOÑA MATILDE, LUISA y SIONÍN

Dª MAT. ¿Estamos ya de marcha, Isidoro?

ISIDOR. Sí, señora. Dentro de dos horas estaré ya camino de mi casa. Inútil decirles que pueden mandar como gusten. Allá, como aquí, tienen ustedes un servidor que no podrá olvidar nunca los cuatro años pasados en esta casa.

SIONÍN. ¿Pero se marcha usted?

ISIDOR. Sí, señorita.

LUISA. Es un tuno, que nos deja para marcharse a su pueblo.

SIONÍN. ¡Uy, qué aburrimiento! ¿Pero es que aún hay gentes que en pleno siglo veinte quieran vivir en los pueblos?

LUISA. Así parece, mujer. ¡Qué tontería!

Dª MAT. Que no nos tenga usted olvidados, ¿eh? Ya sabe que aquí todos le queremos.

ISIDOR. Gracias, doña Matilde. Prometo escribirles alguna vez, y no duden que en mi correspondencia con Ramón habrán recuerdos muy sinceros para todos. (Estrecha la mano a doña Matilde.)

Dª MAT. Adiós, Isidoro; hasta nueva vista.

ISIDOR. (Estrechando la mano de Luisa.) Usted lo pase bien, señorita Luisa.

LUISA. Lleve feliz viaje, Isidoro. Muchos besos a su madre.

ISIDOR. (Va a dar la mano a Ramón; éste la rechaza y lo recibe en sus brazos.—A Sionín.) Adiós, señorita. Adiós a todos. (Coge el maletín que dejó antes sobre una silla.)

TODOS. Adiós.

RAMON. (Acompaña a Isidoro hasta foro izquierda, donde estrecha su mano por última vez. Mutis Isidoro. Luego de una pausa, Ramón vuelve al grupo de los personajes.) ¡Cómo envidio a ese muchacho!

SIONÍN. ¿Lo envidia? ¡Vaya por Dios! ¡Márchese con él, hombre, márchese con él! ¡Se iba usted a divertir en un pueblucho.

RAMON. En un pueblucho, sí, en un pueblucho donde lo espera su madre con los brazos abiertos... ¡Para qué quiere Isidoro más felicidad!

SIONÍN. ¿Romanticismos ahora? Eso ya pasó de moda, Ramón. (Transición.—A Luisa.) Bueno, ¿y por fin, a qué misa iremos mañana?

LUISA. No sé.

Dª MAT. Podéis venir conmigo; yo iré a las siete a la capilla de las monjas del Socorro. A esa hora no hará tanto calor.

SIONÍN. ¿Tan temprano? No habrá nadie en la iglesia. Así no da gusto ir.

LUISA. Estará Dios, que es el único que hace falta. Además, necesitamos madrugar. Mañana tenemos invitados. Don Pascual, su señora y tío Juan comerán con nosotros y he de ayudar a cocinar.

SIONÍN. ¿También eso? ¡Qué cursi eres, hija!

LUISA. ¡Pero mujer! En un día así el trabajo es excesivo y la cocinera sola no podría...

SIONÍN. Pues que le ayude el Nuncio. O buscas a otra cocinera. Eso hacemos en mi casa cuando hay invitados. Si

todas las mujeres fuéramos de tu parecer, caerían en desuso las criadas.

Dª Mat. Todo conviene saberlo hacer, Sionín, todo conviene saberlo hacer. El día de mañana no lo hemos visto nadie.

Sionín. ¿Por el día de mañana? ¡Bah! Eso es una razón pasada de moda también. Si el día de mañana nos viéramos obligadas a mondar patatas... ya lo haríamos. (Asqueándose.) ¡Uy, qué aprensión! Al fin y al cabo no necesita una estudiar filosofía para freir huevos o fregar platos.

Dª Mat. Evidentemente que no; no obstante, desde pequeñito hay que enderezar el árbol. Si desde ahora no os acostumbráis a la práctica de estas útiles ocupaciones, ¡cuán difícil os sería después, en un caso desgraciado, cumplir con vuestra obligación! Porque lo esencial no es precisamente saber freir un huevo, sino tener ganas de freirlo.

Luisa. Claro está.

Dª Mat. ¿Criadas? Sí; catorce si queréis y podéis, pero todas bajo vuestras órdenes. Y para ordenar y dirigir una cosa con acierto, se necesita ser perito en la materia.

Luisa. Mamá tiene razón, Sionín.

Sionín. (Incrédula.) ¡Qué queréis que os diga!

Dª Mat. Ea, abreviar, que es tarde y todavía hemos de ir a invitar a tío Juan para la comida de mañana.

Ramon. (Bajo a Luisa.) Si puedes, quédate. Quisiera hablar contigo.

Dª Mat. Ven tú también, Sionín.

Luisa. Sí, sí; acompaña a mamá, que yo me quedo. Me duele un poco la cabeza.

Sionín. ¿Está muy lejos casa del tío Juan?

Dª Mat. Yendo en el coche, diez minutos escasos. Es aquel chalet que te señalé ayer cuando regresábamos de la fuente blanca.

Sionín. En marcha, pues. (A Luisa.) Y tú, que te alivies de ese dolor de cabeza tan... oportuno.

Dª Mat. Hasta luego.

Luisa. Adiós.

Ramon. Hasta luego. (Mutis doña Matilde y Sionín por foro izquierda. —Pausa.) Es mal intencionada esa muchacha.

LUISA. Sí, sí; pero ya ves cómo aciertan en sus sospechas los mal intencionados. ¿Quieres hablarme?

RAMON. Sí; y de algo muy importante que nos interesa.

LUISA. ¿Hay novedades?

RAMON. Tu padre que toma medidas radicales para separarnos. Esto parece que se formaliza.

LUISA. ¿Pero qué ha sucedido?

RAMON. Desde anteayer, en que como sabes tuve la última conversación con tu padre sobre este asunto, no había vuelto a dirigirme la palabra. Maquinaba seguramente buscando el medio de alejarme de tu lado. Ya lo encontró. Es el medio más sencillo, el más fácil y el más ingenioso también, puesto que contra él no puedo rebelarme: Mi negativa sería considerada como un acto de ingratitud para con tu padre, o acaso, y esto sería lo peor como una falta de amor al trabajo. Hace un momento me acaba de comunicar que por asuntos del negocio debo partir para América en viaje indefinido...

LUISA. (Dolorosamente.) ¡Dios mío! (Con resolución.) No obstante, tú puedes contar siempre con mi cariño, Ramón. Agota primero todos los recursos legales para eludir ese viaje, y en último caso... si no hay otro remedio... rebélate. (Llora.) Me da miedo quedarme sola. Sin ti no podría, te lo juro, no podría vivir...

RAMON. ¡Pobre Luisa! No llores. Ven; serénate y miráme cara a cara. Así. Contéstame con toda la nobleza de que es capaz tu corazón: ¿estás segura de que sin mí no podrías vivir?

LUISA. ¿Y lo dudas? (Vuelve a llorar.)

RAMON. No dudo de tu amor, no; dudo de la fortaleza de tu alma, demasiado ingenua, para resistir la dura prueba a que va a ser sometida. Me dices que tu amor es grande, que sin mí no puedes vivir, y yo te creo, sí, te creo porque esas lágrimas son la más elocuente afirmación de tus palabras. Pero esto es ahora, en el momento presente... Luego pasarán los días, los meses, los años... Yo estaré lejos y tú al fin...

LUISA. No, nunca, nunca. Te esperaría siempre.

RAMON. Si te dejaban El destino se muestra cruel con las mujeres y no sois dueñas ni de los latidos de vuestro co-

razón. Ya ves: me obligan a marchar a América, y yo, por una cruel fatalidad, he de obedecer ciegamente a quien me lo manda. Me arrancan de tu lado para mandarme lejos, muy lejos. Un viaje de dos años, según dicen... ¡Yo creo que no he de volver más!

LUISA. No, Ramón, no.

RAMON. Y tú, pobrecita, quedarás aquí sola, muy sola y rodeada de gentes interesadas en nuestra separación, que nunca te hablarán de mí, y que si lo hacen, será seguramente con intenciones poco nobles. ¡Quizás, al verme indefenso, acumularán calumnia sobre calumnia para hacerme digno de tu desprecio!

LUISA. ¡Ramón!

RAMON. Y yo, que te seguiré queriendo de lejos, y que me habré llevado consigo el recuerdo gratísimo de los felices días pasad s a tu lado, te escribiré unas cartas largas, muy largas... ¡Cartas que no llegarán nunca a tus manos porque serán interceptadas! Entonces creerás en mi olvido; pensarás que ya no te quiero; te harán pensar tal vez que no te quise nunca...

LUISA. ¡Por Dios! (Continúa sollozando.)

RAMON. Y al transcurrir los días, los meses, los años, aquella herida que se abrió en tu corazón a mi partida se irá cicatrizando. Entonces tu padre procurará distraerte; tienes ya veintidós años; te presentará en sociedad en esa sociedad sin mácula a la que yo tengo tan difícil acceso. Organizará fiestas y bailes; viajarás, visitarás las playas de moda y los más lujosos casinos. En todos estos sitios te serán presentados muchos hombres que te adularán con sus hipócritas galanterías y querrán seducirte con la refulgencia de sus palabras hueras. Entonces llegará para ti el momento de mayor peligro, el instante fatal en que pudieras aceptar cualquier ofrecimiento que tu padre crea que ha de convenirte. (Pausa.) Mírame, Luisa, mírame bien fijo. Llegado este caso, ¿podrías acordarte de que nadie ha de quererte como yo te quiero?

LUISA. (Llorosa.) Y si me quieres tanto, ¿por qué me haces sufrir con esas palabras que me hieren y ofenden?

RAMON. Porque la volubilidad es patrimonio del alma humana, y

sobre todo del alma femenina si es débil y está mal aconsejada; porque me asusta pensar en nuestra larga separación; porque mi amor, por ser veraz, es celoso hasta lo inverosímil y egoísta hasta la exageración... Luisa, porque en mi exaltación no creo que haya corazón femenino capaz de acompañar en sus latidos a mi amoroso corazón.

LUISA. ¡Luego dudas de mí! ¿Qué nueva prueba pides a mi cariño.

RAMON. Una promesa.

LUISA. La tienes concedida.

RAMON. ¿Sin inquirir qué pueda ser?

LUISA. Si bien me quieres, no pedirás de mí nada que pueda reprocharme.

RAMON. Eres un ángel. Ya no pido nada, pues que todo lo tengo concedido.

LUISA. Ahora yo exijo.

RAMON. Pide.

LUISA. (Con leve sonrisa.) Que no te separes nunca de mí. No me expongas a todos esos peligros que acabas de relatarme.

RAMON. Es que tu padre...

LUISA. Hazte fuerte ante él.

RAMON. Tu padre no suplica, sino que ordena, exige... ¿Acaso quieres que me rebele?

LUISA. ¿No se rebeló antes el egoísmo paterno contra nuestro cariño, que es justo y es noble?

RAMON. Verdaderamente; pero medita lo que dices. Rebelarme a tu padre significaría un acto de ingratitud para con la persona a quien estoy obligado por un sinnúmero de cosas que no pueden olvidarse; rebelarme a tu padre, sería romper la obediencia y sumisión a que estoy sujeto desde niño; tras esta desobediencia vendría inevitablemente el choque y el rompimiento que provocaría mi salida de esta casa, de esta casa querida donde transcurrió mi niñez, y por cuyo engrandecimiento derramé tantos sudores...

LUISA. (Con despecho.) ¡Oh! No prosigas, no. En toda lucha del cerebro con el corazón, vence siempre el primero: es más positivista y más práctico. El amor verdadero es

locura, lo que yo siento por ti: una locura inconsciente que me arrastraría a todo, y tú razonas muy cuerdamente y muy sensatamente para estar enamorado.

RAMON. ¡Luisa!

LUISA. (Reteniendo las lágrimas.) Obedece. Continúa en la creencia de que la sensatez es sólo patrimonio de las canas. Emprende ese largo viaje para que con los sudores de tu frente engrandezcas más y más esta casa, que ya va resultando demasiado grande para nosotros. ¿No has notado que a medida que un hogar va ensanchándose, los individuos de la familia parece que se quieran menos? Hay más distancia entre ellos y sin querer viven más separados. Obedece a mi padre y ve a ganar dinero, mucho dinero; ese dinero que si no sirve para comprar la felicidad, en cambio mortifica cada vez que en la calle arrojas una mísera moneda de cobre a una mano esquelética que se tiende a ti suplicante... y que no son súplicas precisamente lo que debiera proferir. Obedece a mi padre y déjame aquí sola, muy sola, y a merced de esas gentes que, según tú, están interesadas en nuestra separación; esas gentes que al verte indefenso amontonarán calumnia sobre calumnia para hacerte digno de mi desprecio; esas gentes que interceptarán tus cartas para hacerme creer en tu olvido, procurando que la herida que se abrió en mi corazón a tu partida se vaya cicatrizando; y que organizarán fiestas y bailes y me presentarán a muchos hombres que tratarán de seducirme con sus necias palabras. Obedece; emprende ese viaje y déjame sola, indefensa y a merced de las circunstancias, al borde del peligro, en disposición de tener que aceptar el ofrecimiento de un hombre que a mi padre pudiera convenir... aunque yo me condenara para siempre a la desgracia y al desespero. (Rompe a llorar)

RAMON. ¡Luisa! Te adoro. Así te soñé siempre. Ven aquí. Enjuga ese llanto que nada vale lo que una lágrima tuya. Escúchame. Me rebelaré contra todo, lucharé contra todo; a todo llegaré por tu cariño. El mío es grande, sin límites; que si los hombres, en el transcurso de su existencia, sólo sienten dos amores verdaderos y únicos,

el amor de la madre y el de la esposa, yo he condensado estos dos amores en uno sólo: en mi amor hacia ti

(Por lateral derecha avanza lentamente don Jorge.)

LUISA. Ramón, te quiero con toda mi alma.

RAMON. ¡Luisa! (Ramón, que tendrá entre sus brazos a Luisa, inicia un beso en los labios. De súbito desiste y la besa en la frente.)

ESCENA VII

Dichos y DON JORGE

D. JOR. (Imperativamente.) ¡Luisa! ¡Sal de aquí!

(Luisa, sorprendida y avergonzada, luego de dirigir una mirada angustiosa a Ramón, hace mutis por lateral izquierda.)

RAMON. Perdón, don Jorge.

D. JOR. Pocas palabras, Ramón; las estrictamente necesarias. Tu osadía es grande y jamás pude presumir que la ingratitud y la desobediencia en ti llegaran a tal extremo. Mis órdenes, cuando como en este caso, están razonadas y avaloradas por las causas que tú ya debes suponer, debieran haber sido acatadas por ti ciegamente. Siempre lo hiciste. Y ahora, a la desobediencia añades el ultraje, abusando de la inocencia de una mujer y de la confianza que inmerecidamente depositó en ti su padre.

RAMON. (Ofendido.) ¡Don Jorge!

D. JOR. No pretendas disculparte, no. Un hecho habla más que cien palabras, y tu disculpa en este caso sería cínica. Has abusado de mí en la persona de mi hija, quien para ti debió ser sagrada. Porque supongo que no tratarás de negarme lo que vi por mis propios ojos... Te has portado muy mal conmigo, Ramón; de manera impropia. No creo sea esta la forma más adecuada de pagarme los sacrificios que hice por ti. (Ramón aguanta el aluvión de recriminaciones con lágrimas en los ojos, pero altivo, como limpio de toda culpa, doliéndole en el alma las palabras de don Jorge y esforzándose por conservar su prudencia.) Esto me obliga con mucho dolor, pero reconociendo su necesidad, a tomar enérgicas y radicales medidas...

AMON. (Asombrado.) ¡Oh! ¿Qué es lo que adivino?

. JOR. El reo que presagia su sentencia es el que se declara más culpable. Adivinaste mi necesaria e irrevocable determinación: hoy mismo saldrás de esta casa para siempre.

AMON. (Con desespero.) ¡Por Dios, don Jorge! ¡Arrojarme de esta casa querida en donde transcurrió mi niñez y donde existen los únicos afectos que en el mundo tengo! No, no; eso no es posible. Antes escuchará usted mis razones, mis disculpas, mis súplicas... ¡Mis lágrimas ya las ve usted, don Jorge! ¿Qué he de hacer, qué puedo hacer, qué debo hacer para no perder su estimación, que yo he apreciado siempre en todo lo que vale? Serenémonos. Piense usted en la conveniencia de armonizar nuestros deseos; en lo injustificado de su proceder y en que ante su negativa rotunda, violenta y radical, yo puedo pensar que no está en mi persona solamente la causa que a usted obliga a negar, y negar sin exponer en definitiva una razón clara y concluyente.

. JOR. (Aterrado.) ¿Qué piensas, Ramón?

AMON. Nada hasta ahora. (Con cariño.) Evíteme el peligro de tener que pensar mal de usted, que es el hombre que más quiero en el mundo. Piense que el alma de Luisa y la mía están muy unidas y que una brusquedad del momento no podría romper el lazo inquebrantable que fué formando el tiempo. Supongamos por un momento que usted no recapacita y que yo salgo de esta casa despedido, humillado, y como si entre usted y yo no existieran vínculos de cariño, de agradecimiento, de favor mutuo, que no pueden quebrantarse fácilmente. No, no; esto no es posible. Pero supongamos que usted me despide y yo me marcho. (Con ternura.) Don Jorge, ¿qué conseguiría con esta violencia? Arrojar de su casa al que fué para usted como un hijo cariñoso y bueno, al amigo fiel, al dependiente que con el esfuerzo de su humilde inteligencia puso cuanto de su parte pudo para la buena marcha y la prosperidad de su negocio... Es decir, que por un mal entendido cariño hacia su hija, despide a quien es para usted como un halagador conjunto de afectos y gratitudes y con-

veniencias... Y sin embargo, al novio de Luisa, que es precisamente el que quisiera usted arrojar a la calle por un motivo que ni es razonable, ni justo, ni humano... ese, don Jorge, ese se queda aquí; ese no puede marcharse...

D. JOR. (Palideciendo) ¡Ramón!

RAMON. Dígalo, si no, el corazón de Luisa.

D. JOR. (Cediendo anonadado.) Vamos, Ramón, hijo mío, yo te suplico que no insistas.

RAMON. (Como evocando.) ¡Hijo! ¡Hijo mío! Así me llamó usted siempre. Para este pobre desheredado de los más grandes afectos que existen en el mundo, esas palabras cariñosas fueron el acicate que me impulsó al estudio, al trabajo, a la lucha para crearme un nombre, una posición y sobrellevar con altivez esta pesada carga de la vida. Esas tiernas palabras que usted me prodigó desde niño, fueron lo único que pudo consolarme cuando, ya adolescente, hube de saber con dolor el triste drama de mi cuna. ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Qué puede compararse a la dulzura de estas palabras! (Muy dulcemente, aproximándose a don Jorge.) Don Jorge, fué usted para mí siempre más que mi protector, mi bienhechor, mi Dios... Siga usted llamándome hijo, que yo he de quererle siempre como tal y no he de olvidar nunca el bien que con Luisa me concede.

D. JOR. (Muy abatido y cediendo aún contra su voluntad.) Bien, Ramón, bien... Déjame...

RAMON. Por la felicidad de Luisa, don Jorge; por mi vida, que depende de su voluntad. ¿Accede? (Don Jorge decae de ánimo; en sus gestos, en sus monosílabos, se adivina que va cediendo a medida que se percata de la inutilidad de su negativa.) ¡Si no puede negarse! Luisa y yo, sus dos hijitos de siempre, lo bendecirán. ¿Se niega usted a ello?

D. JOR. (Casi inconscientemente.) No.

RAMON. ¿Luego accede usted a nuestro noviazgo?

D. JOR. (Pausa, en la que luchan su amor y su conciencia.) Sí.

RAMON. (En una explosión de entusiasmo.) ¿Que accede, don Jorge? ¿Pero es cierto? ¡Oh! Gracias, muchas gracias. (Le besa la mano.) ¡Yo voy a morir de alegría! (Acercándose a lateral izquierda) ¡Luisa!... ¡Luisa!...

D. JOR. (Grave.) ¿Qué haces, Ramón?

RAMON. No puedo contenerme. Quiero comunicarle pronto la feliz noticia. ¿Acaso hago mal? No. Deje usted que todos sepan mi felicidad. (Acercándose a lateral derecha.) ¡Don Pascual! ¡Don Pascual! (Por lateral izquierda entra Luisa. Al llegar al dintel de la puerta se detiene, quedando con la vista baja y recordando sin duda la escena anterior.)

ESCENA VIII

Dichos y LUISA. Luego DON PASCUAL

RAMON. Ven, Luisa; abraza a tu padre, que accede a nuestra boda.

LUISA. (Gozosa.) ¡Oh! ¡Papá! (Corre alegre a estrechar a don Jorge; mas, de súbito, vuelve a recordar la escena anterior y queda parada y vergonzosa.)

D. JOR. Acércate, hija mía.

LUISA. Papá. (Abraza a don Jorge.)

D. PAS. (Por lateral derecha.) ¿Qué sucede? ¿Qué son esos gritos?

RAMON. ¡Abráceme usted, don Pascual, abráceme usted!

D. PAS. (Sin comprender.) Pero...

RAMON. Abráceme usted, hombre. Don Jorge accede por fin.

D. PAS. (Atónito, lanza una mirada a don Jorge, luego a Ramón.) Pero...

RAMON. ¿Pero no me abraza usted?

D. PAS. (Reponiéndose un poco.) ¡Ya lo creo! A mis brazos, chiquillo. (Abraza a Ramón.) Fué la sorpresa, la... la alegría... no sé. Algo que me dejó sorprendido.

LUISA. (A don Pascual.) ¿Y qué me dice usted a mí?

D. PAS. Lo mismo, chiquilla, lo mismo... (Abraza a Luisa.) Que hoy brilla para todos el sol de la felicidad. (Luisa y Ramón pónense a hablar en voz baja.)

D. PAS. (Luego de una pausa y en voz baja a don Jorge.) Pero...

D. JOR. (Imponiendo silencio.) ¡Sí!

LUISA. (Como oyendo el ruido de un coche.) ¡El coche, el coche! Mamá y Sionín que llegan. Vamos, Ramón, a recibirles. Ardo en deseos por darles la noticia.

RAMÓN. Y yo también.

LUISA. Hasta ahora. (Ingenua y alegre, coge de la mano de Ramón y atolondradamente se lo lleva por foro izquierda.)

D. PAS. (Cerciorándose de que Ramón y Luisa están ya lejos, y luego mirando fijamente a don Jorge.) ¿Qué hiciste, Jorge?

D. JOR. No lo sé. (Muy grave.) O algo monstruoso o algo muy noble. Acaso las dos cosas a un tiempo. Mi conciencia, por un lado, me remuerde, acusándome de un crimen sin nombre. Por otro lado me bendice... En un caso como éste, ¿qué es lo justo, lo generoso, lo humano? ¿Callar o decir la verdad, toda la verdad, cruel y descarnada? No sé: si hablo, evito un daño moral, pero desencadeno otro daño mil veces más terrible. De todos modos, mi conciencia seguiría acusándome implacable, y esos seres, cuyo secreto sólo Dios y nosotros poseemos, y que por lo tanto no hay ley humana que pueda separarlos, verían destruídas sus vidas ante el rudo golpe de mis palabras.

D. PAS. Pero tu conciencia...

D. JOR. Esa es la que lucha, esa es la que acusa de mil maneras y martiriza mi espíritu hasta agotarlo. (Enérgico.) ¡Ah! Pero no temas. Yo te prometo que el secreto que por tantos años guardó mi corazón, no me lo harán revelar los gritos de mi conciencia. (Muy grave) Sabré vencerla. ¡También mi conciencia callará! ¡Yo te lo juro!

D. PAS. Pero...

D. JOR. Silencio. Ya llegan. Déjame, que esta alegría me daña como la más dolorosa de las espinas. (Hace mutis por lateral derecha. Entran por foro izquierda Ramón, Luisa, Sionín y doña Matilde.)

ESCENA IX

DON PASCUAL, RAMÓN, LUISA, SIONÍN Y DOÑA MATILDE

SIONÍN. (Palmoteando.) ¡Olé! ¡Olé! Ya tenemos boda en proyecto. (A Luisa.) Que no se te olvide invitar a las de López.

LUISA. No te apresures, mujer. Papá no ha hecho más que

autorizar nuestras relaciones. De boda no se ha hablado una palabra todavía.

RAMON. Todo se andará, todo se andará, Sionín.

Dª MAT. ¡Pero qué sorpresa, don Pascual! Por más que esto ya me lo figuraba yo. ¡Si no podía ser otra cosa!

D. PAS. (Con preocupación.) Sí... sí.

Dª MAT. ¿Que sí?

D. PAS. (Entrecortado.) Que sí... que sí... digo, que no... que no podía ser otra cosa. (Suspira.)

SIONÍN. Pues yo os ruego que no me lo hagáis desear mucho. Hace diez días que no he asistido a ningún baile ni a ninguna boda, ni a ninguna visita de pésame. Y así se aburre una. Por supuesto, que con las ganas que tenéis vosotros de casaros...

LUISA. ¡Pero Sionín!...

SIONÍN. Dí que no. A ver si habréis pedido esto a tu padre para rezar el rosario. Además, que se te conoce en la cara. (Por Ramón.) ¡Pues a usted, no digo!... Es decir, sí que digo. Y digo que con lo enamorados que estáis no doy más plazo que el de seis meses para... (Echa unas bendiciones.) y de... ¿a ver? (Como dudando.) Sí, eso es; y de año y medio para... (Como meciendo a un niño en sus brazos.) ¿Eh?

RAMON. ¡Por Dios, Sionín!

LUISA. ¡Pero qué locura!

SIONÍN. ¡Ah! ¿Tampoco esto? (A Luisa.) Pues te lo traerán de París si te parece más cómodo y económico. (Por lateral derecha se oye un disparo de revólver. Todos quedan sorprendidos.)

D. PAS. ¡Eh! ¿Qué es esto? (Como adivinando súbitamente lo que acaba de ocurrir, hace mutis precipitadamente por lateral derecha.)

LUISA. ¿Fué un disparo?

Dª MAT. ¿Pero quién estaba ahí dentro?

RAMON. (Tratando de calmar.) No os alarméis. Un tiro ha sido. Quizá al portero de la fábrica se le disparó el revólver.

SIONÍN. Pero si ha sonado tan cerca...

RAMON. Calmaros. Voy a ver qué ha ocurrido. (Mutis por latera derecha.)

Dª MAT. (Intranquila.) No sé qué pueda ser. (Pausa larga, en la que

todos revelan curiosidad y angustia. Luego entra don Pascual pálido, consternado, vacilante, quedando en el mismo dintel de la puerta.)

LUISA. ¿Qué fué?

Dª MAT. (Sospechando una desgracia.) ¡Eh! ¿Qué es esa palidez? ¿Qué ocurre, don Pascual?

D. PAS. (Anonadado.) Nada... nada... Una noticia que ha llegado... una baja fatal en Bolsa... Jorge había jugado con exceso y...

Dª MAT. (Aterrada.) ¡Muerto! ¡Muerto mi Jorge! (Llorando se abalanza sobre la puerta de la derecha y hace mutis precipitadamente, venciendo antes los débiles esfuerzos que para evitarlo hace don Pascual, quien quedará sentado en actitud de gran pesadumbre.)

LUISA. (Aterrada.) ¡Mamá! ¡Papá! ¡Dios mío! (Mutis por la misma puerta.)

SIONÍN. Pero... (Azorada hace mutis, deteniéndose una o dos veces antes de salir definitivamente por la repetida puerta.)

D. PAS. (Como consigo mismo.) ¡Debí haberlo previsto! ¡Pobre Jorge!... Muerto tú, sólo yo soy ahora responsable de lo que aquí suceda. Una sola palabra mía bastaría... Pero no, no... ¿Por qué dudo? ¡Callaré! Nada podrá reprocharme mi conciencia, puesto que la bondad de mi silencio será inmensa. Silencio que hará respetar el honor de un muerto, cuyo recuerdo quedará grabado en el corazón de los suyos como la más sagrada de las memorias; silencio piadoso que enjugará llantos y evitará desdichas; silencio bendito, que antes que destrozar dos vidas unirá dos almas hermanas, como todas las que se aman, en la más pura de las espiritualidades.

RAMON. (Por lateral derecha, visiblemente afectado y sosteniendo a Luisa, que camina penosamente, anegada en llanto.) Calma, Luisa, calma. Un poco de valor, mujer.

D. PAS. (Levantándose al verlos llegar.—Aparte.) ¿Y aún dudé, Dios mío? (Acercándose a ellos.) ¡Luisa! ¡Hijos!

LUISA. (Cayendo, como Ramón, en brazos de don Pascual.) ¡Don Pascual!

D. PAS. Animo. Este es uno de los más rudos golpes con que nos azota la vida.

LUISA. ¡Todo acabó para nosotros!

D. Pas. No, eso no. No hay que desesperar. A vosotros aún os queda una sagrada misión que cumplir. Vuestra boda fué su última voluntad. Sois jóvenes. Os amáis. El cielo, que rara vez concede una dicha completa, se complace hoy en abrir ante vosotros, a través del doloroso campo de la vida, la senda azul de vuestra felicidad.

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas